

colorchecker CLASSIC

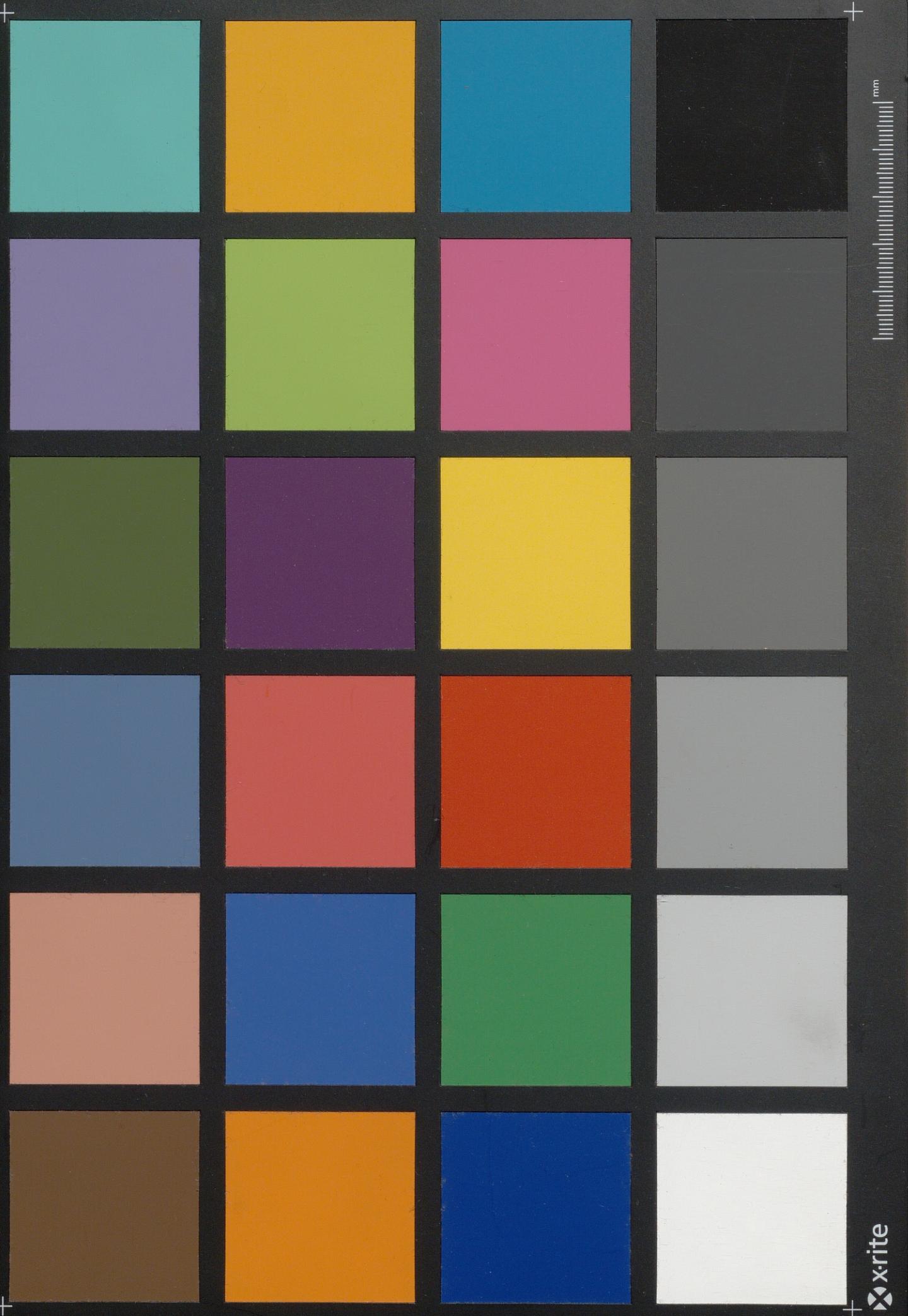


fig. 5
. . . 7
. . . 15
. . . 31
. . . 45
. . . 48
. . . 55
s. 59
. . . 67
. . . 85
. . . 90
A. 95
D-
. 105
. 120
. 126
. 130

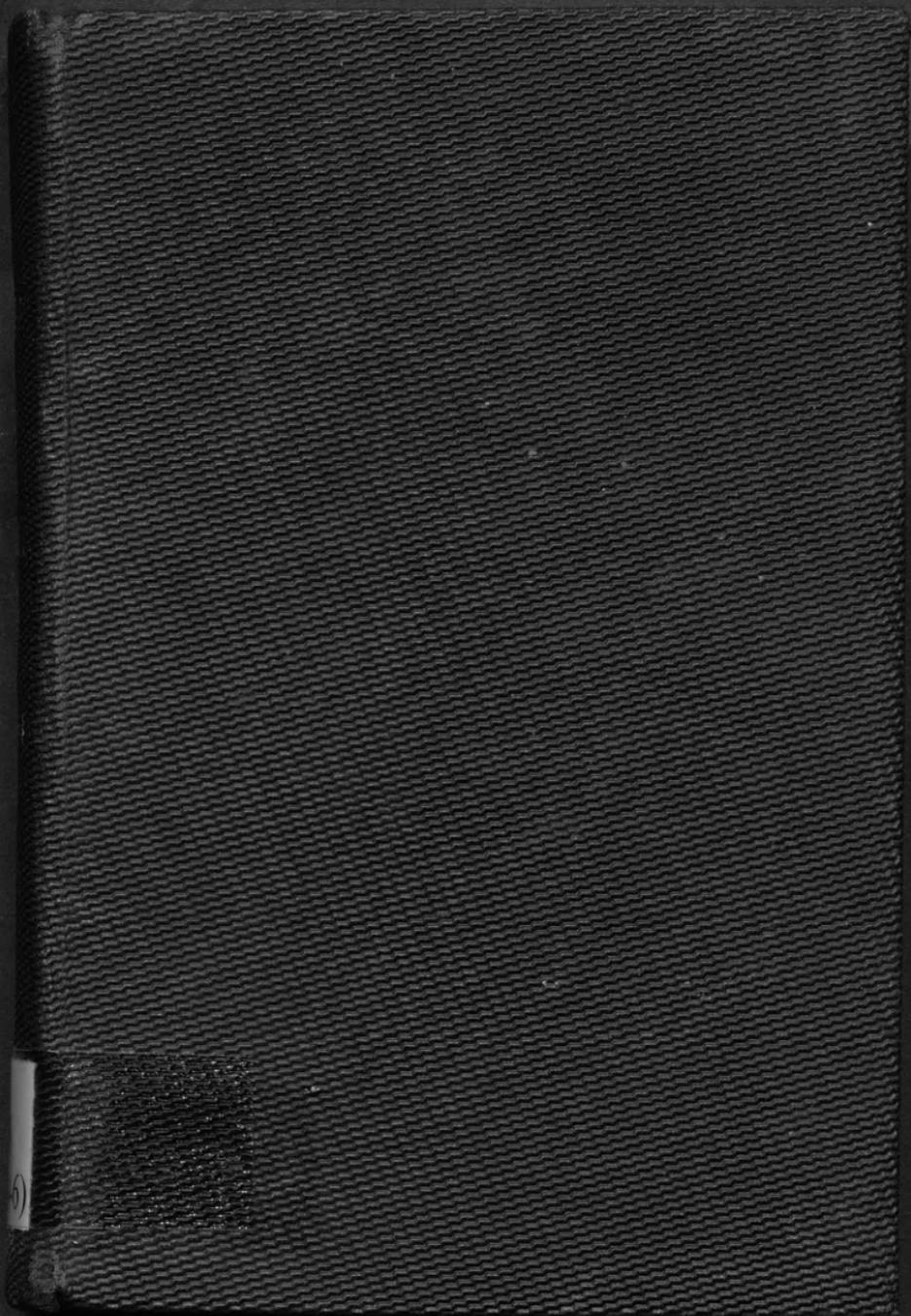
125
1428
(6)

CARTAS
À EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,
escritas en frances en prosa y verso
POR
Carlos Alberto Demoustier,
y traducidas por
D. Romualdo Gallardo.

Dichosos los que se instruyen recreándose. TELÉMACO.

SEXTA PARTE.

MADRID: 1841.
IMPRESA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.



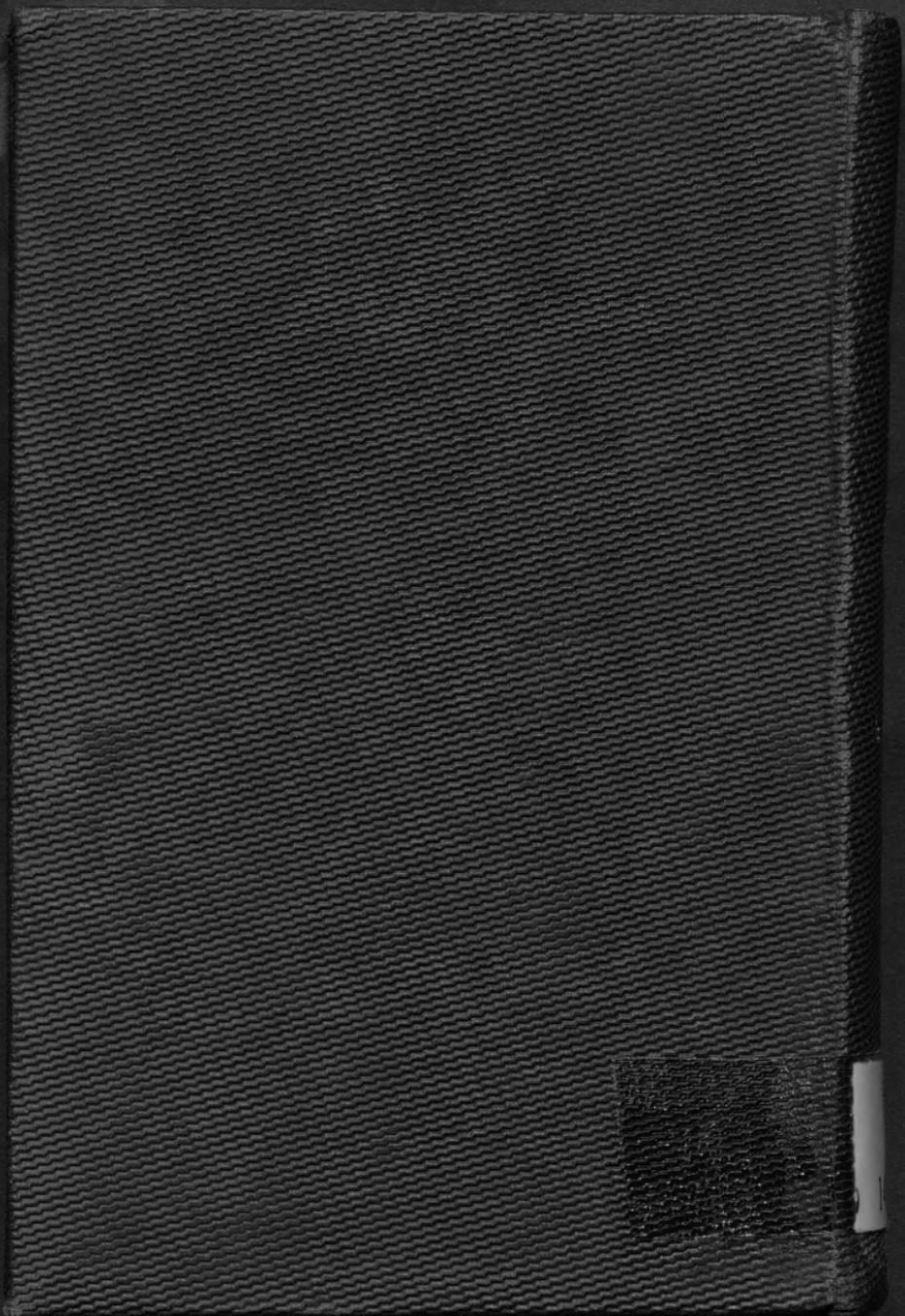
CARTAS

À

EMILIA

4-5-6

RES
1428(4-6)



RES
1428
(6)

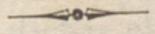
CARTAS
Á EMILIA
sobre
LA MITOLOGÍA,

escritas en frances en prosa y verso
POR

Carlos Alberto Demoustier,

y traducidas por

D. Romualdo Gallardo.



Dichosos los que se instruyen recreándose. TELÉMACO.

SEXTA PARTE.

MADRID: 1841.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS,
donde se hallará.

P. Blanco f. 40

Definición y descripción, f. 94
6.^a parte

SEXTA PARTE

MADRID: 1811.

LA BIBLIOTECA DE D. MIGUEL DE BARCELONA

Se vende en la librería

10
94

À EMILIA.

Villers Coterets, brumario 20
del año 7.^o *

À la sombra de plácida enramada,
Lejano del bullicio y confusiones,
Y al lado de mi madre idolatrada,
Bosquejo, Emilia mia, estos borrones:
Aquí tranquila paz todo respira:
Solo mi corazon por tí suspira.

A los dioses que canto compadezco;
A pesar de que nacen inmortales
Sus placeres y goces no apetezco,
Prefiero las delicias terrenales:
Son cortas, es verdad; pero entre tanto
Disfruto de mil dichas el encanto.

No busco en el placer un falso brillo:
La mediana fortuna, la inocencia,
Sin lujo ni ambicion, porte sencillo,
El trabajo y la paz: ved mi existencia.
Así paso gozoso los momentos
Sin testigos, ni afañes ni tormentos.

* En el calendario adoptado en Francia, de resultas de las reformas que produjo su revolucion, esta fecha corresponde al 9 de noviembre de 1798 del calendario comun. *Brumaire*, que en español se traducia *brumario*, tanto vale como *nebuloso*, mes de las nieblas.

Mas si bien el Otoño apresurado
 Su canasto de flores ha vertido,
 Y á la corte parece soy llamado,
 Yaciendo el fértil campo adormecido,
 Mi madre me acompaña; y entre tanto
 No puedo abandonarla sin quebranto.

¿Ni como resistir los fuertes lazos
 Que opone su cariño á mi ternura,
 Cuando triste, colmándome de abrazos
 Me dice entre sollozos y amargura:
 "¿Te vas, hijo querido? ¿de esta suerte
 »Me condena tu ausencia á dura muerte?"

»Si de mis frios años el invierno
 »Siente de primavera las dulzuras
 »Al gozar del amor de un hijo tierno,
 »¿Por qué mis bellos dias apresuras?
 »¡Ah! queda, por piedad, un solo dia;
 »Mañana ¿será tiempo todavía?
 »— ¡Abandonaros!.... no, madre querida:
 »El placer y la corte lisonjera,
 »Todo mi corazon por vos olvida....
 »Mas Emilia me aguarda.... si pudiera
 »Hacerla sabedora del motivo....
 »Sí, sí; la escribiré." Y al punto escribo.

Asi, cuando la suerte quiera daros
 Un hijo que de vos nada desdiga,
 Cifrará su placer en adoraros,
 Y todo olvidará menos su amiga,
 De quien será reñido en ocasiones;
 Mas siempre se amarán sus corazones.



CARTAS À EMILIA
SOBRE
LA MITOLOGÍA.

CARTA LXXIII.

EL OCÉANO. LAS NEREIDAS.

El Océano, hijo del Cielo y de Vesta, se casó con Tetis, su hermana, y tuvieron tres mil hijos*. Ya ve V., Emilia, que en esta época no faltaban herederos al acuático imperio. Sin embargo, bien fuera porque el soberano de las olas hallára difícil la adjudicacion entre tantos pretendientes, ó ya que, como buen padre, quisiese dispensar á sus hijos de los dis-

* Hesiodo.

gustos y molestias inseparables del mando, resolvió ceder sus vastos estados á Neptuno, hijo de su hermano Saturno.

Al escuchar semejante nueva, todos sus numerosos hijos se alarmaron, unos mas que otros, segun los grados de su prudencia ó ambicion. Pero habiéndolos convocado el Océano en su palacio de cristal, matizado de perlas y corales, tomó en su mano el tridente, y colocándose en su concha régia, les dijo con afecto paternal:

«Apreciad, caros hijos, vuestra vida,

»Vuestro ser inmortal, vuestra grandeza.

»No hay dicha ni ventura conocida,

»Sin la tranquilidad y la pureza.

»La Autoridad á la Inocencia unida,

»La Paz del corazon y la Riqueza

»Varias veces formaron alianza,

»Mas nunca se inspiraron confianza.

»Vosotros al presente bien unidos,

»Y todos mútuamente idolatrados,

»Mil placeres gustais, desconocidos

»A los reyes y grandes potentados.

»Mas ¡ay de vuestra union! hijos queridos;

»Si entre todos divido mis estados,

»Adios tranquilidad, placer dichoso,

»Amistades, delicias y reposo.

»¿Qué fuera de los goces inmortales

»Que gustais los hermanos cada día?

»Por la negra ambicion hechos rivales,

»En furor el placer se trocaría:

»¡Ah! nunca abandoneis los bienes reales

- »Por otros que fingió la fantasía.
»Quien ama, y á la par es adorado,
»No puede apetecer mejor estado.
»Volad á la campiña floreciente;
»Allí, sobre la margen deleitosa,
»Dirigid de los rios la corriente,
»Regando la floresta deliciosa.
»El dios de cristalina y pura fuente
»Disfruta de la paz mas venturosa,
»Y reina sobre cespéd mas ufano
»Que del mar el potente soberano.
»En vuestras correrías animando
»El comercio, las artes y cultura,
»Útiles sin orgullo, dispensando
»A todo el universo la ventura,
»Y con vuestras riquezas aliviando
»Del mortal infeliz la suerte dura,
»Correréis satisfechos y gozosos
»A buscar vuestro padre presurosos.
»Y vosotras, mis hijas apreciables,
»Que sabeis sujetar los corazones
»Al yugo de las leyes mas amables,
»Del sòlio desechad las ambiciones
»Si quereis ser dichosas y estimables.
»Una reina, si logra adulaciones,
»A sus bienes las debe y su corona,
»Rara vez al valor de su persona.
»Quien amor por sí mismo no merece
»Sino por su poder ¿será dichoso?
»Pues igual á los reyes acontece.
»Yo quiero preservar vuestro reposo
»Del mal que bajo el sòlio se guarece;
»Quien ama por amor no es ambicioso:
»Con diadema seríais respetadas,
»Y sin ella seréis mas estimadas.»
Así dijo; y al punto convencidos
Los hijos de Oceano se lanzaron
A las grutas y bosques escondidos,
Do la paz y ventura disfrutaron:

Por amor y amistad entre sí unidos
A la Tierra de bienes coronaron :
; Oh siglo de placer y sin segundo ,
Que vió tres mil dichosos en el mundo !

De tan bellas y plácidas edades
No dejaron los hombres ni memoria ;
Tan solo transmitieron sus maldades ,
Pomposos monumentos de su gloria ,
Narraciones sangrientas, crueldades ,
Con nombre disfrazadas de Victoria :
Y entre tanto delito y viólenca
Ni un vestigio se nota de inocencia .

El Océano, despues de su abdicacion, conservó como su hermano Saturno el título de padre de los dioses y de los hombres, porque el agua es uno de los principios de la existencia animal, y dejaria sin ella de circular la vida en nuestras venas. Por esta causa todo lo que vejeta se halla sometido á su imperio, y hasta Flora en la primavera le es deudora del homenaje de su corona.

Existe ademas entre el dios de las aguas y la diosa de las flores una antigua amistad, y estrechos intereses de familia. Nereo, hijo del Océano, habiéndose casado con su hermana Doris, tuvo de ella cincuenta hijas, á las que Flora admitió en su corte; y las Nereidas, bajo el nombre de Nayades, Driades y

Napeas, tuvieron á su cargo el cuidado y la conservacion de los tesoros de su imperio. Las Nayades regaban las nacientes flores con sus urnas argentadas: las Driades, secundadas por los Céfiros, conservaban la frescura y sombra de los bosques; y las Napeas, sentadas á la sombra de los sauces, libertaban del furor de los aquilones á el esmalte y verdor de las praderas.

¡ Oh cara amiga ! ¡ cuándo podré yo, bajo los auspicios de estas ninfas, fijar contigo mi morada en su asilo campes- tre ! Asi como la abeja atesora para el invierno la miel que recoge en primavera, asi conservo yo los frutos sencillos del trabajo de mi Musa, con la esperanza de procurarte un Eliseo, y disfrutar en nuestro Otoño algunos dias de la edad de oro.

¡ Oh cual mi dicha fuera
Si un albergue sencillo poseyera,
Cercado de rosales,
De naranjos, almendros y frutales !
En él yo retirado pasaría
La estacion calurosa de las flores,
Sin otra compañía
Que mi Musa, mi Amiga y los Amores.
Un bello cenador por mí formado,
Cubierto de emparrado,

A todos mis amigos ofreciera
 Sazonado manjar y fe sincera.
 Fabricára tambien un gabinete
 Para lecho de amor y de firmeza,
 Y un pequeño retrete
 Donde ornase mi amiga su belleza;
 Junto al lecho plantára
 La cuna do mi Emilio reposára;
 Y siempre nuestra puerta
 El mendigo infeliz hallára abierta.
 Respirando placer, sin deuda alguna,
 Viviremos tranquilos y dichosos
 En la escasa fortuna,
 Sin carruages ni arreos ostentosos.
 Un asno de fatiga
 Servirá de corcel para mi amiga,
 Y un vivo jumentillo
 El Pegaso será de mi chiquillo.
 Los pavos y polluelos cacareando
 Buscarán su alimento
 La basura y estiercol escarbando,
 Y mil riñas habrá cada momento.
 En tanto sin pendencias
 El capon celibato venturoso,
 Amigo de sus propias conveniencias,
 Se verá cada dia mas famoso.
 Mi hija idolatrada
 Sabrá por la gallina regalada,
 Que cria sus polluelos,
 De una madre prudente los desvelos.
 El puerco gruñidor, robusto y sano,
 Vivirá con la vaca satisfecho,
 Cual si fuera su hermano,
 Ocupando los dos el mismo lecho;
 Pues si fué conducido por su estrella
 A ser el compañero inseparable
 De un viejo respetable*

* San Antonio Abad.

¿No se unirá mejor con Io bella*?

El huerto floreciente

Sembrado se verá de lindas flores,

De guisantes, lechugas, coliflores,

Y al lado del jazmin la vid naciente.

Asi, cuando mi amiga candorosa,

Del trabajo cansada,

En busca se dirija de una rosa,

Podrá coger tambien una ensalada.

Mi verjel recorriendo la onda pura,

Templaremos con ella los ardores:

Pues el agua convida á la frescura,

Y la fresca verdura á los amores.

Sin cercar nuestro huerto de muralla

Le servirá de valla

El aliso, saúco y avellano:

Asi la pastorcilla y aldeano

Vendrán por las mañanas

A llenar su cestillo de avellanas.

En fin, con una buena economía

Al dueño pagaria su salario,

Y quizá con el tiempo llegaria

A ser, aunque poeta, propietario;

Mas los dulces placeres que gozara,

Y del pecho la calma lisonjera

¿Cuándo pagar pudiera,

Aunque Pluto sus bienes me prestára?

* Io, trasformada en vaca por Juno.

CARTA LXXIV.**NEPTUNO. LAOMEDONTE.**

Al tomar Neptuno las riendas del imperio del Mar, cedió el homenaje de su corona al dios del Océano, el que, para perpetuar su soberanía, dió su nombre á la parte mas vasta de sus antiguos dominios.

El nuevo rey era hijo de Saturno. Este, como ya he dicho, tenia la costumbre de tragarse sus hijos al nacer; mas, por fortuna, su esposa Cibeles, que tan diestramente supo colocar una piedra en vez de Júpiter, su hijo primogénito, supo tambien sustituir un caballo en vez de Neptuno. Si el primer engaño del buen Saturno parece inverosímil, el segundo es por lo menos contradictorio. En efecto, aun no existia el caballo al nacimiento de Neptuno, si, como aseguran, le engendró un golpe de su tridente; luego ¿á qué hacer mas jóven á este dios que á un ente animado

por él? Si al menos fuese una diosa, podría pasar, en cuanto redundaría en alabanza suya lo que de otro modo es una ofensa hecha al dios. Siempre conviene rejuvenecer el amor, y envejecer la gloria.

Asi por complacer á las beldades,
Y adular á los dioses indiscretos,
El Destino varia sus decretos
Y á su gusto acomoda las edades.

De los dioses y bellas la mania
Al Destino sujeta con amaño:
Ellas cuentan los años por un dia,
Miden ellos los dias por un año.

Neptuno, como casi todos los monarcas, empleó su ociosa vida entre el amor y la ambicion; y si bien, como todos ellos, engañó impunemente á las mujeres, no pudo engañar impunemente á un rey, porque habiendo descubierto Júpiter la conjuracion que contra él se preparaba, le desterró del Cielo con Apolo y otros conjurados.

En aquella época edificaba Laomedonte los muros de Troya; y como los dioses son siempre grandes profesores en las ciencias que menos han aprendido, resultó que Neptuno era un famoso

S E X T A

arquitecto, por lo que Laomedonte le suplicó reedificase sus murallas. Durante su reedificación tocaba Apolo la lira con el fin de animar á los obreros, y recrear á las princesas troyanas, que con el huso en la mano venian á la playa á hilar los vestidos para sus esposos; y en tanto que las piedras trabajadas por Neptuno se colocaban por sí mismas, Apolo, acompañado de su lira, cantaba de esta manera:

¡Oh muros! con presteza
 Circundad este albergue delicioso;
 Servid de fortaleza
 A este pueblo famoso,
 Amable, sin orgullo y virtuoso.
 De sus alrededores
 Lejos la turbacion y la pavora,
 Y libre de temores,
 En su morada pura
 Encuentre el caminante la ventura.
 En su puerto la nave
 Halle seguridad constantemente;
 Y que Céfito suave,
 La tranquila corriente,
 Y la Hospitalidad en él se asiente.
 De tormentas cansado
 El marino soberbio y ambicioso,
 Cuanto hubiere robado
 Te cederá gozoso
 En cambio de amistad y de reposo.
 ¡Ah Troyanas! un día
 Contemplando la playa seductora,

Direis con alegría :

«Cuanto mi pecho adora

»Encierra esa muralla protectora.

No se abrirán sus puertas

Al corazón de hielo ni inconstante ;

Mas estarán abiertas

A la voz del amante ,

Del hijo , ó del amigo navegante .

Recuerda , fiero Marte ,

Que Venus reina aquí , y es adorada ;

Antes de presentarte

En su bella morada

Depon ese furor y saña airada .

Y si la guerra impía

El príncipe de Pafos ofendido

La declarase un día ,

Defiende , yo te pido ,

Este pueblo por Venus protegido* .

Admirado Laomedonte del raro talento del cantor y del arquitecto, les colmó de elogios, y hasta les fatigó á fuerza de atenciones y cumplimientos; pero tuvo la desgracia de olvidarse del precio en que se habian convenido, y como ellos se tomaron la libertad de recordárselo, y el rey no permitia que en sus estados hubiera quien tuviese mas memoria que él, les intimó, en tono bastante persuasivo, la órden de desocupar el reino inmediatamente.

* Alusion al sitio de Troya.

Apolo, que en calidad de cortesano desgraciado no tenia poder para hacer bien, pero le quedaba el recurso de hacer mal, infestó el aire con un vapor pestilente, en tanto que Neptuno inundaba los campos troyanos, y excitaba un monstruo marino que asolaba esta desgraciada comarca. Consultando el Oráculo ordenó que para apaciguar á los dioses ofendidos expusiesen todos los años al furor del monstruo una doncella; y la suerte designó á poco tiempo para este sacrificio á Hesione, hija de Laomedonte. Por fortuna Hércules, modelo y flor de la antigua caballería, llegó á tiempo de salvar á esta princesa: y Laomedonte, que se la tenia prometida á su libertador, saltó otra vez á su promesa. Este fué su último perjurio: Hércules con un golpe de su maza vengó á los dioses, á los hombres, y aun quizá á las mujeres que Laomedonte habia engañado.

Algún dia hablaré á V. de este héroe que tan grande llegó á ser por sus virtudes. Pero volvamos á Neptuno, que solo le excedió en el nacimiento.

Trató este dios de señalarse disputando á Minerva el honor de dar nombre

á la ciudad de Atenas, y apenas hubo herido la tierra con su tridente, cuando con ojos centellantes, crin erizada y boca espumosa saltó el caballo del seno de Cibele trotando al son de la trompeta guerrera.

Minerva menos altiva ,
Sin atender á la gloria ,
Engendró la verde oliva
Y consiguió la victoria.

Con este motivo se le dió á Neptuno el sobrenombre de Ippios, caballero ; y cuantos oprimiendo un caballo vigoroso ó dirigiendo una rápida carroza se disputaban el premio en la carrera olímpica, elevaban sus súplicas y prometian ofertas á Neptuno antes de tocar la meta fatal, sobre la que se ostentaba la estatua de un mal Genio que espantaba á los caballos.

Mas apenas del premio apetecido
La destreza ó vigor se apoderaba ,
El vencido sus votos olvidaba ,
El otro nada habia prometido.

Los romanos celebraban sus fiestas el primer dia del mes de julio, y le consagraron el mes de febrero, en cuya época procuraban tener al dios favorable para la navegacion. Las libaciones, que

para otros dioses se componian de vino, miel y leche, se preparaban para Neptuno con el agua del mar, de los rios ó de las fuentes. En sus altares se inmolvaba por lo regular un toro blanco ; pero cualquiera que fuese la víctima conducida al templo siempre le presentaban los sacerdotes la hiel , por la analogía que tiene su amargura con el agua del mar. Estas ceremonias atraían un concurso numeroso á Roma , y sobre todo al istmo de Corinto , donde habia un templo muy celebrado, en el que se le habia erigido una estatua de bronce de siete codos de altura. Tan generalizado estaba su culto, que al recorrer las riberas de la Grecia , Sicilia ó Italia, apenas se encontraba un lugar, por pequeño que fuese, donde no hubiera al menos un altar dedicado al dios de los mares. Por lo demas, cualquiera que fuese la pompa de sus fiestas , todas se celebraban á pie , porque estándole consagrados los caballos, se les adornaba con flores , y se hubiera creído cometer un sacrilegio forzándolos á trabajar en tanto que se festejaba al dios á quien debian la existencia. Esta prerogativa se extendió despues á los mulos , asi como

se ha concedido á los bastardos de los nobles los privilegios de la nobleza.

Se representaba á Neptuno colocado en una carroza en figura de concha, tirada por cuatro caballos marinos, y á veces por cuatro delfines. Las ruedas apenas tocaban la superficie del agua, cubierta de Tritones y Nereidas. El Soberano de los mares, ceñida su frente con la diadema, calmaba con una mano las agitadas olas, y sostenia con la otra el tridente, emblema de su triple poderío, que se extiende á los mares, á los rios y á las fuentes.

Los habitantes de Trezena habian acuñado una moneda que por un lado representaba el tridente de Neptuno, y por el otro la cabeza de Minerva; lo que parecia indicar al comercio dirigido por la Sabiduría. Si á ejemplo de Trezena acuñásemos hoy dia una medalla en honor de nuestro actual comercio,

Para dejar memoria
A la raza futura de su gloria,
En relieve grabado
El Tridente pusieramos á un lado,
Y al otro la Codicia,
Las alas de Mercurio, y Malicia.

Los dioses, á quienes frecuentemen-

te confiaba Neptuno una porcion de su poder, eran los Rios, á los que se tenia en tanta veneracion como al mismo Neptuno. Se les inmolvaban toros blancos, y á veces caballos como al dios del mar; y se les representaba desnudos, coronados de juncos, cubierto el pecho con su barba venerable, y apoyados en la urna que derramaba su argentada ola; poniéndoles tambien un áncora ó timon si los navíos podian navegar por entre sus riberas.

La mayor parte de ellos se habian arrogado privilegios nada despreciables. Habia rio que ninguna doncella podia atravesar sin haber antes sumergido en él sus manos *; y, gracias á este acto religioso, acariciaba á cada instante los dedos mas delicados y los brazos mas frescos de toda la comarca. Las doncellas griegas ofrecian su cabellera al rio Neda **. Peleo consagró la cabellera de su hijo Aquiles al rio Sperchius ***; y las troyanas en la víspera de su casamiento tenian obligacion de ir á ofrecer sus primi-

* Hesiodo.

** Pausanias en su *Arcadia*.

*** Homero en su *Iliada*.

cias al rio Scamandra. Cuantos viajeros recorren hoy dia estas desiertas riberas recuerdan con admiracion los combates y muerte de tantos héroes , cuyas cenizas y trofeos huellan quizá sus plantas; y si yo reposara algun dia en esta misteriosa playa ,

Al punto recorriendo su ribera ,
A las plantas y arbustos respetables ,
Cuyos troncos y copas venerables
Ocupan su mansion , así dijera :

« ¿ Por acaso no visteis algun dia
» Los tributos que Amor aqui traía ?

» ¡ Acaso nos oculta vuestro suelo
» Los restos del altar , ya destrozado ,

» En que Andrómaca llena de recelo ,
» Y por un monstruo infiel sacrificada ,

» El tesoro perdió tan deseado
» Que acaso para Hector hubo guardado ! »

Sin duda esta ribera á cada paso
El candor y virtud me recordára ,
El recuerdo suspiros me dictára ,
Y los tiernos suspiros un ¡ si acaso !

Muchos doctos comentadores han hecho profundas investigaciones sobre el nombre de Neptuno, y gracias á su erudicion tiene hoy dia tan diversas significaciones como distintos comentarios se han escrito. El proceder de estos doctores es infalible. No teneis mas que tomar la mitad de una raiz griega, añadirle dos

sílabas latinas, entremezcladas, según costumbre, con caracteres hebreos, siriacos ó caldeos; y luego que la voz comienza á significar alguna cosa, se modifica una final, se muda una vocal y se suprimen dos consonantes, y vereis como en una breve palabra se comprenden las costumbres, la figura, el carácter y hasta los hechos mas famosos de un héroe; salvo ciertos anacronismos que en sus cálculos no se cuentan. Si á estos señores, por ejemplo, se les antojára un dia analizar vuestro nombre, dirian de este modo:

El *emi* en *Amigo* se convierte,
Y si el verbo *liar* el *lia* oculta,
Ya veis como la *union* ó *lia* fuerte
Del *Amigo* de *Emilia* te resulta.

—Mirad que os engañais, yo les diria;
Cuando Emilia nació aun yo no amaba,
Y Emilia desde entonces se llamaba.

—Es verdad, mi doctor contestaría.
Mas sabe que su nombre peregrino
Presagiaba ya entonces tu destino.

En cuanto á los sobrenombres de Neptuno variaban á cada instante, conforme al motivo por el que se le dirigian ofertas ó se le daban gracias. Asi como entre nosotros se venera á nuestra Señora del Regocijo, del Buen Consejo,

de la Buena Dicha, etc.; del mismo modo los corredores de los juegos olímpicos veneraban á Neptuno Ippodromos, intendente de caballos; los senadores romanos á Neptuno Consus, dios de los buenos consejos; los navegantes invocaban frecuentemente y aun daban gracias á Neptuno Favorable. Pero el renombre que mas ofrendas le proporcionaba era el de Poseidon, rompe-navíos; pues tanto los dioses como los mortales consiguen mas adoraciones por el temor y por el espanto que por el amor; y esta es la causa de reconocerse al punto su imperio. Mas el poder real y durable es el que menos se echa de ver; y este es, amiga mia, el motivo que hace al tuyo eterno.

Tu placer y tu gusto es el mio.
Si tú buscas mansion retirada,
Busco yo solitaria morada,
Y no gusto vivir sino allí.

Si partir á la corte imaginas,
Yo tambien el partir imagino;
¿Quieres tú preparar el camino?
Preparado ya estaba por mí.

¿El bajar ante todo apeteces
Al jardin á cortar unas flores?....
Ved un ramo de todos colores
Que yo mismo hace un rato corté.

¿ La lectura de autor favorito
Menos largo te hiciera el viäje?...
Pues Sterne * ya va en el carruaje
Que yo mismo tambien coloqué.

¿ Visitar al amigo deseas
Cuya casa en la ruta encontramos?....
A su puerta, mi amiga, ya estamos,
Cuando gustes podemos entrar.

¿ Al presente no hallarle recelas,
Presumiendo se encuentre cazando?...
Nada temas, estaba esperando;
Ayer mismo yo le hice avisar.

Yo no sé si á esto llame obediencia;
Mas haciendo tu gusto aseguro
Que jamas un deleite mas puro
Ni mas grato sintió el corazon.
No por esto mi labio te pide
Recompenses mis buenos servicios;
Sabe solo que mis sacrificios
Son efecto de mi inclinacion.

* Autor del *Viaje Sentimental*.

CARTA LXXV.**ANFITRITE. ARION.**

Neptuno, soberano de las olas, dueño de los inmensos tesoros que su imperio le proporcionaba, rodeado de las Ninfas y Nereidas que se disputaban entre sí el honor de complacerle, colmado de los favores de la Gloria, del Amor y de la Fortuna; todo lo poseía excepto la Felicidad.

En verdad ¡ oh mi amiga idolatrada !
Que no hay triunfo mas grato y lisonjero,
Ni placer mas gustoso y duradero
Que aquel que se disfruta con su amada.

A todos los mortales, con talento,
El Amor dos á dos ha sujetado ;
Su yugo ciertamente es muy pesado,
Mas ninguno sin él vive contento.

El mortal en su pena sumergido
Que los bosques habita y espesura
Apetece encontrar en su amargura
Un eco que repita su gemido.

En medio del tumulto de su corte brillante experimentaba Neptuno el espantoso vacío de esta amarga soledad.

Paseábase al pie del monte Atlas por distraer sus disgustos, cuando divisó á Anfitrite, hija de Doris y Océano. Sus ojos al verla se humedecieron, sintiendo su corazón un nuevo deleite que le hizo conocer que hasta entonces no había amado, aunque había abusado frecuentemente de los que llaman favores de amor.

El hombre naturalmente

Confunde sin intencion

El Placer é Inclinacion

Cuando no adora realmente:

Mas solo de veras ama

Cuando Cupido le inflama.

Neptuno en fin se enamoró de Anfitrite, y se presentó en su casa. Con su cutis moreno, sus ojos verdosos, sus húmedos cabellos, su barba cenagosa, su corona de juncos y su horquilla de tres dientes sorprendió á la ninfa, mas no logró seducirla. El dios, no obstante, fué con tal gracia y política despedido que ni siquiera imaginó fuese un desaire lo que en sí no era otra cosa; pero bien pronto quedó desengañado con sus visitas infructuosas. Unas veces Anfitrite estaba en casa de su padre, otras la tenia su madre ocupada; siempre, en fin, se

hallaba fuera y nunca se la esperaba. Privado Neptuno por su fealdad de los favores del amor, y por su rango de los consuelos de la amistad, nada encontraba en el mundo tan miserable como la suerte de los reyes y de los amantes, cuando dos de sus vasallos, que le habian observado y adivinado la causa de sus disgustos, vinieron secretamente á ofrecerle sus servicios sin interes.

¿Sin interes?... podrá ser
Cuando la historia lo cuenta:

Un ciudadano sin renta
Todo lo debe creer.

Mas si por mi desventura
A ser principe llegára,
Mi pecho desde ahora jura
Que de creerlo dejára.

El monarca del mar, bien fuera por debilidad ó necesidad, confiado tomó á los dos delfines por confidentes, abandonando á sus cuidados la ventura de su suerte. De estos dos emisarios el uno se encargó de hablar, y el otro de estar en observacion y obrar.

Ambos nadan misteriosamente hácia la gruta de Anfitrite, y para abordar escogen el momento en que la ninfa pensativa se encuentra sola, sentada en la ribera.

Gozaba de la edad en que inocencia,
De un inquieto deseo perturbada,
Sospecha que quizá su indiferencia
No conduce á la dicha deseada.

A vista de los delfines que caminan por la azulada llanura se aumentan las ilusiones de la ninfa. Son dos, dice entre sí; y cuanto mas se acercan, mas les halaga con su vista. Al fin se arrojan á sus plantas, y el uno de ellos, dejando oír una voz tierna (que el Amor sin duda le habia prestado para esta ocasion) la dice, mientras el otro observa:

«Estas playas ¡oh ninfa! seductoras,
»No serán largo tiempo observadoras
»De vuestro sentimiento.
»Amor que vuestros pasos ha guiado
»Quiere haceros feliz, y ha decretado
»Hoy vuestro casamiento.»

Al escuchar esta palabra, que ninguna doncella puede oír sin estremecerse, presta Anfitrite la mayor atención: el observador se aproxima, y el orador continúa:

«Gozareis los placeres deliciosos
»Que jamas quiso Vesta dispensaros,
»Pues hoy sus sacrificios misteriosos
»Solicita Lucina revelaros.
»La antorcha precursora de delicias
»Enciende el Himeneo en este instante,
»Y el Placer preparando sus primicias
»Pretende ser por hoy su acompañante.»

La ninfa inquieta y conmovida inclina al suelo sus ojos; pero cuanto menos ve mas escucha ;

- »Y no quiere Himeneo solamente
- »El placer prepararos y alegría :
- »Solicita ademas en este dia
- »Colocar la diadema en vuestra frente."

Admire V., Emilia, la poderosa fuerza de estas razones : Matrimonio , Placeres y Diadema; y el profundo conocimiento en la eleccion de las pasiones : Curiosidad, Deseo y Vanidad; ¿qué Vestal hubiese podido resistir á semejantes argumentos? No sabiendo Anfitrite qué contestar, no se atrevió á contrarestarlos, y tomó sábiamente el partido de no responder á nada por temor de conceder alguna cosa. ¿Pero el callar no equivale á concederlo todo? El emisario del príncipe no lo ignoraba, y por lo tanto prosiguió de esta manera :

- »Vuestro amante , señora, es soberano
- »Del anchuroso mar que abraza al mundo:
- »Eolo con sus hijos y Vulcano
- »Le miran con respeto muy profundo.
- »Él anima tambien todos los años
- »De Flora y Primavera la frescura ,
- »Adornando con frutos bien extraños
- »De la bella Cibeles la cintura."

Representándose en este instante en

la imaginacion de Anfitrite la imágen sombría de Neptuno , desapareció de su vista toda la brillantez de la diadema ; y el emisario , que lo conoció , continuó en tono moderado :

«El príncipe mi señor

»Ha nacido tan modesto

»Que de su elevado puesto

»Aborrece el esplendor.

»A pesar de su grandeza

»Tal es su amabilidad

»Que olvida su majestad

»Delante de la belleza.

»Hasta su misma figura

»Manifiesta su poder ;

»Y en su trato deja ver

»Su gentileza y finura.

»Cuando á fondo le trateis

»Y conozcais su virtud ,

»Su talento y juventud ,

»Con razon le admirareis ;

»Sorprendida de mirar

»Que la orgullosa grandeza ,

»La sencillez y franqueza

»Se hayan sabido hermanar.

»Mas ¿qué vale la hermosura,

»El fausto y ostentacion ,

»Al lado de un corazon

»A quien guia la córdura ?

»Apenas hay cualidad

»Que nuestro rey no pasea ;

»Su genio todas las crea

»Y su sensibilidad.

»La Razon nunca le deja ,

»De las Gracias es Señor ,

»Y alivia siempre el dolor

»Del infeliz que se queja.
 »Hoy es el dichoso día
 »En que su gran corazón,
 »En obsequio de su unión,
 »A vuestro cargo confía
 »El tesoro inagotable
 »De su noble caridad,
 »Para que vuestra bondad
 »Dé consuelo al miserable.
 »¿Despreciareis nuestro ruego?
 »¿Tan insensible sereis
 »Que á nuestro rey dejareis
 »Abandonado á su fuego?
 »¡ Ah! no; del mar soberana
 »Nuestra corte brillará,
 »Y el rey amado sabrá
 »Que su eleccion no fué vana.
 »Apresuraos, señora,
 »Que ya esperan con ardor
 »Los Placeres, el Amor
 »Y la corte seductora.
 »Hasta el pueblo se adelanta
 »A recibirnos gozoso,
 »Y el trono mas luminoso
 »Para su reina levanta.
 »Himeneo preparado
 »Coronará vuestra sien,
 »Y vos aguarda tambien
 »El pobre desventurado.»

Un príncipe jóven, una corte brillante, el pueblo reunido, los cánticos de amor, los lloros de agradecimiento, todo encanta y seduce á Anfitrite. Ya se encontraría al lado de su esposo si su timidez no se acobardára del piso poco

firme del camino; mas el diestro negociador vence este último obstáculo con estas palabras :

- «Si temeis de las olas alteradas
 »La impetuosa corriente ,
 »Llegaõs sin temor , y de repente
 »Las vereis mas sumisas y humilladas.
 »Con mi querido hermano vais segura:
 »Neptuno le confia
 »Vuestra preciosa carga en este dia ,
 »Envidiando en secreto su ventura.
 »Sentaõs , bella ninfa , sin recelo ,
 »Ya los aires se templan ,
 »Ya las olas serenas vos contemplan ,
 »Y ya muestra su azul el bello cielo.
 »Los vientos apacibles de mañana
 »Por Céfire se mueven ;
 »Dispensad á las ondas si se atreven
 »A besar á su nueva soberana.
 »Mas ¿ por qué dirigis con sentimiento
 »La vista á la ribera ?
 »Cuando veis que un Monarca nos espera,
 »Y su pueblo da muestras de contento ;
 »Cuando vuestra presencia es anhelada
 »Por mil menesterosos ,
 »¿ A la pena y recuerdos dolorosos
 »En vuestro corazon dareis entrada? »

Aun hablaba el negociador cuando ya la reina se encontraba en los brazos de su esposo. Ignoro si la realidad correspondería á las promesas : las ofertas de los cortesanos siempre son exageradas, y los reyes que en perspectiva parecen

unos dioses, si se les mira de cerca apenas suelen ser hombres.

De todos modos los confidentes de Neptuno que vieron á su señor enagenado con los encantos de su nueva esposa, y sabiendo cuán poco dura el entusiasmo del amor y del reconocimiento, sobre todo en la corte, se apresuraron á felicitarle humildemente al amanecer del otro dia. Su rey, que ya les tenia olvidados, se dignó reconocerlos, y hasta llegó el exceso de su benevolencia á recordar que les era deudor de los preliminares de su matrimonio; y proporcionando el premio al servicio, los trasportó al Cielo, donde fueron convertidos en una constelacion inmediata á la de Capricornio.

Otros escritores aseguran que el Delphin no fué trasportado al Cielo por haber servido á Neptuno en sus amores, sino por haber salvado la vida del célebre Arion. Este ilustre rival de Anfion y Orfeo nació en Metelin, isla de Lesbos; habia sido acogido en la corte de Perianthro rey de Corinto; y despues de haber gozado por algun tiempo del favor estéril de este príncipe obtuvo el permiso

de recorrer la Sicilia y la Italia para ejercitar sus talentos de un modo mas útil á su fortuna. El éxito excedió á sus esperanzas ; pues reunia este artista al talento de acomodar su melodiosa voz á los acentos de su lira , el de componer la música y canto ; y su musa dócil y fecunda cambiaba naturalmente de tono conforme al lugar y las circunstancias.

En las chozas con destreza

Jacarillas entonaba :

En la noble fortaleza

Los romances recitaba :

En la corte á la grandeza

Con rondós entusiasmaba ;

Y si á la ciudad venia ,

Con sus árias se lucia.

A la jóven hermosura ,

Casada con viejo esposo ,

Dirigia con dulzura

Algun cántico jocoso ;

Y por calmar su amargura ,

En un refran amoroso

Alababa sus encantos ,

Y asi calmaba sus llantos.

Componia finalmente

Madrigales concertados

Y llenos de fuego ardiente ,

Que muchos enamorados

Retenian en su mente ,

Para ser luego cantados

Debajo de la ventana

De su querida aldeana.

Enriquecido con las contribuciones

del Amor y de Himeneo, se embarcó Arion en el puerto de Tarento para volver á su patria. Al divisar la lejana ribera que habitaban sus amigos, se convenció de lo poco que valen las riquezas hasta el momento que se espera participar de ellas en compañía de los que apreciamos. Pero en aquel instante el piloto y marinero se apoderan de él, le amenazan con un puñal y le roban sus tesoros. El infeliz esperando enternecerlos obtuvo á fuerza de súplicas el permiso de tocar su lira por última vez. Entonces, buscando en el fondo de su corazón los mas dulces sentimientos de la naturaleza, expresó con el mas vivo interes cuanto el amor puro tiene de mas deleitable, el amor filial de mas tierno, y el amor conyugal de mas penetrante.

Sus cánticos hicieron alguna impresion en el alma de aquellos malvados, pues entre ellos habia hijos, amantes y esposos. Los primeros vertieron lágrimas, algunos amantes se enternecieron, y hasta un esposo suspiró. Mas el temor de ser descubiertos, sobrepujando á las demas sensaciones, concedió únicamente al desgraciado Arion la alternativa de

darse una puñalada ó de arrojarse al mar. Arion dirigiendo á su patria sus últimas miradas y sus postreros acentos se lanzó en medio de las olas, y el navío continuó su marcha con direccion á Corinto.

Pero el cantor en tanto, despues de haberse sumergido hasta el fondo de las aguas, sobrenada y se encuentra rodeado de una multitud de Delfines atraidos por la melodía del cántico. Todos le circundan y á porfia se ofrecen á llevarle: Arion se coloca sobre uno de ellos, los demas le escoltan, y comenzando de nuevo sus dulces acentos, el placer reanima la viveza y agilidad de sus conductores, y asi llega al promontorio de Tenara, desde el cual se dirige á Corinto, y arriba aun antes que el navío tocase en el puerto. Instruido Periandro de la perfidia de los marineros, les mandó comparecer á su presencia, y les pidió noticias de Arion, á quien tenia oculto en su palacio. «Arion, contestan con des-»
»caro los traidores, goza en Italia de los»
»favores de la fortuna y de las atencio-»
»nes debidas al talento: es el amigo de»
» los héroes, el favorito de las bellas y el

rey de los convites *, que reanima con sus cánticos divinos.....» A estas palabras se presenta Arion no enjuto todavía; y los impostores inmóviles de sorpresa y confusion declaran su delito y le van á expiar por medio de una muerte afrentosa al sitio mismo en que Arion habia sido salvado por el Delfin.

Se asegura que habiéndose este Delfin internado bastante en la arena no pudo volver á las olas **, y que Arion ingrato (porque al fin era hombre) sin atender á la vida del ser á quien debia la suya, permitió que su libertador espirara en la playa. Mas, por reparar Periandro semejante ingratitud, elevó al Delfin un magnífico templo, y los dioses le colocaron en el Cielo.

Tal es por nuestro mal la suerte dura
Del hombre que consagra su existencia
A dar al universo la ventura:
En vida rodeado de indigencia
Perseguido se mira ú olvidado,
Y á su muerte cual dios es adorado.

* Ya se sabe que los antiguos antes de comenzar los festines nombraban un rey del banquete. Muchas veces era la suerte quien lo elegia; y entonces este principado era como otros muchos el resultado de un juego de azar.

** Hygin., cap. CXCIV.

Tambien se presumia generalmente que el Delfin era amigo del hombre, y que hasta los pescados eran sensibles al encanto de la melodía. Ademas, como lo que una vez se ha visto puede volverse á ver, y en cuanto á milagros solo el primero encuentra dificultades para creerse,

Merced á los que pagan rendimiento
Al imperio del mar, en nuestra era
Burdeos * disfrutára tal portento
Si Garat con su mágico instrumento
En el ancho Garona se cayera,

Los antiguos tenian tanta veneracion á los delfines, que si por desgracia apriisionaban alguno con sus redes, inmediatamente lo arrojaban al mar, persuadidos de que si le retenian violaban los derechos de la amistad: tambien los delfines reconocidos á estos favores tenian gran cuidado de socorrer á los hombres que encontraban luchando contra las tempestades, y aun de conducir los muertos á la playa. Por esto condujeron á la ribera el cuerpo de Hesiodo, muerto alevosamente en el templo de Neptuno, y arrojado despues al mar; por esto salva-

* Patria del célebre cantor Garat.

ron del naufragio á Talanto , general Lacedemonio , y á Telémaco que, jóven todavía, cayó á las olas estando jugueteando en la ribera ; motivo por el que Ulises en memoria de este acontecimiento hizo grabar un delfin sobre su escudo. Tambien Cupido debiera de haber grabado uno sobre su flechero en memoria de dos amantes que al celebrar una noche sus misterios en la isla de Lesbos, cayeron por distraccion al mar sin separarse uno de otro ; y con tal cuidado fueron conducidos á la playa por un delfin ; que sus brazos no se desenlazaron, sus corazones no cesaron de latir uno con otro , y sus labios inmóviles no perdieron ni un suspiro.

Adios : que ya la Noche silenciosa

Oscurece á la Tierra con su manto.

Del naufragio la imágen venturosa ,

Los besos , el delfin y tierno llanto ,

Grabados en mi mente cavilosa

Espero ver en sueños sin espanto.

¡ Feliz si con mi amiga naufragára

Y un delfin á la playa nos llevara !

CARTA LXXVI.**VIAJE Á CITERES.**

Querida amiga: ya se acordará V. de aquel dia afortunado en que para dicha y tormento del universo engendraron las olas á Venus *: la primogénita del Océano de ningun modo podia ser indiferente á Neptuno, y fué por lo mismo la primer convidada á sus bodas. Asistió con el Amor, que, como jóven todavía, condujo la antorcha de Himeneo.

Algunos dias despues preparó en su capital la reina de Citeres una fiesta brillante para obsequiar á los esposos, los cuales asistieron á ella acompañados de su corte y rodeados de toda la pompa de su marítimo imperio.

Los Tritones precedian al acompañamiento resonando sus encorvadas conchas: su verde cabellera se extendía por sus anchas y carminadas mejillas. El pla-

* Segunda parte, carta XXI.

cer animaba sus ojos lascivos , su atezado semblante y sus labios de fuego: dos aletas colocadas á lo largo de su pecho se abrian paso por entre las olas espumosas; y su cuerpo, que degeneraba en cola de pescado , tan pronto se confundia entre las aguas , como aparecia sobre ellas trazando un semicírculo emblanquecido por la espuma. Cuatro caballos marinos de crin negra y nariz humeante conducian detras de ellos y sobre ruedas doradas la concha de Neptuno. Cubierto el dios con su manto matizado de verde y azul, y ceñida la frente con la diadema, sostenia con una mano el poderoso tridente, é imponia con la otra silencio á las tempestades. A los lados de la carroza se veía á Forcis comandando á los Tritones ; á la sensible Ino sosteniendo en sus brazos á su tierno hijo Melicer-to ; á Glauco cargado con sus redes, y dirigiendo á lo lejos sus miradas hácia la amable y desdichada Scyla ; á Neréo cantando las alabanzas de Anfitrite ; y á Proteo , á la vez leon, toro , corcel , tan pronto perseguido, cogido y encadenado por los Tritones , como volándose transformado en águila , ó escapándose convirti-

do en llama. Mas lejos las Nereidas coronadas de flores presentaban á las amorosas olas los contornos de su seno, ocultando entre las aguas su verde y ligera cola, y con sus brazos mas blancos que el alabastro conducian de la rienda á los delfines uncidos á la carroza de Anfitrite. Sobre sus ruedas argentadas se elevaba una vasta concha, cuya deslumbrante blancura degeneraba hácia sus extremidades en un suave encarnado que se confundia con la tez de la diosa: las perlas y el coral coronaban su rubia y flotante cabellera: su ropaje y cintura se confundian con el arco de Iris; y su cetro de oro se veía con negligencia á sus pies.

Si el monarca alguna vez
 Empuña el cetro su mano,
 Nos dice con altivez:
 "Yo soy vuestro soberano,
 »Sin tardanza obedeced."
 Pero cuando complacientes
 Nos inspiran dulce amor
 Unos ojos elocuentes,
 Todos somos obedientes
 Sin referencia al temor.

Con una mirada se hacia Anfitrite obedecer de toda la inmensa turba de sus vasallos. Las Ninfas, nadando á su

lado, le presentaban sus urnas y guirnal-
das: los Céfiros, agitando sus alas de
mariposa, perfumaban los aires en torno
suyo: las Sirenas, abandonando sus ro-
cas salvajes, seguian á la carroza, unien-
do á su voz melodiosa los gratos sonidos
de la flauta y de la lira; y el pueblo mu-
do de los habitantes de las olas, saliendo
de sus profundos abismos, bendecia go-
zoso á su nueva soberana.

Vénus al ver desde la playa aproxi-
marse á los esposos, dispuso su equipage
marítimo para salirles al encuentro.
Se colocó en su carroza tirada por dos
cisnes, á la que escoltaban los Placeres:
á su lado caminaban abrazados el Amor
y el Himeneo en una carroza conducida
por tórtolas y pichones: un enjambre de
mariposas volaba en torno suyo; y Amor,
para apartarlas de Himeneo, las aprisio-
naba con flores.

Las dos cortes llegaron reunidas á
las murallas de la capital, situada enton-
ces al mediodia de la isla de Citeres.
La Fidelidad guardaba las puertas, y el
Pudor era comandante de la fortaleza;
uno y otro fueron convidados á la fiesta.
La Decencia condujo allí los Placeres, y

tras ellos se introdujo el Misterio; pero ocultándose, apenas llegó, en el santuario de Himeneo, quedó escondido hasta el siguiente día entre las cortinas de la cámara de Anfitrite.

Siglo dichoso en que Himeneo, Amor y Venus, reunidos bajo un mismo techo, formaban, dándose las manos, la cadena de los verdaderos placeres y de la felicidad del universo. Mas una noche en que Cupido se hallaba ausente, se malquistó Venus, según dicen, con Himeneo, y se retiró la diosa hácia el norte de Citeres, donde su hijo la edificó en secreto una casita. Allí, como el Amor la solía visitar con frecuencia á escondidas del Himeneo, mandó construir un parador para él y su séquito. Bien pronto se hicieron de moda estos viajes misteriosos, y de tal modo los viajeros multiplicaron las casitas, que en breve se formó una nueva capital, á la que, concurriendo por moda ú ociosidad los habitantes de la antigua, fijaron últimamente por costumbre su residencia. El Himeneo, que habia quedado solo en la ciudad abandonada, sin otra compañía que la Constancia y el Pudor, vió en menos de un siglo

cubiertas de yerba sus murallas. Aquí, sin embargo, edificaron su cabaña Baucis y Filemon; aquí estableció Pluton su escuela; aquí apacentaron sus rebaños los pastores de la Arcadia, y aquí los esforzados caballeros celebraron en su principio las lides y torneos, cuyas fiestas solian animar con su presencia Venus y Cupido. Mas viéndose los Placeres continuamente precedidos del Honor, se volvieron á la nueva Citeres, llevándose consigo á Venus y su corte. Desde entonces las granjerías se ven desiertas, las escuelas cerradas, abandonados los torneos, y bajo la antigua sombra de los mirtos y laureles yacen las ruinas de aquel floreciente imperio, sin encontrar mas que memorias y recuerdos de la pasada felicidad.

Se asegura, sin embargo, que en nuestros dias habiendo emprendido dos esposos un viaje al templo de la Fidelidad, naufragaron al siguiente dia, y abordaron á una isla que al principio les pareció inhabitada. Pero caminando despues por entre los montones de ruinas cubiertos de musgo y florecillas, divisaron á lo lejos galerías y columnas muti-

ladas, vestigios de templos y palacios, y cercas que aun formaban un vasto anfiteatro, circundado de trofeos cubiertos de yedra y espinos. Sobre las gradas de un mausoleo, en que se leía el nombre de Artemisa, vieron construída una cabaña adornada de guirnaldas ya secas, y cifras casi borradas.

Al acercarse se abrió la puerta, y vieron salir á una viuda mas que octogenaria vestida al gusto del siglo de Amadis: sostenia una mano en su báculo, adornado con una cinta color de rosa amarillenta, y conducia con la otra un perro fiel por medio de una cinta prendida al collarin. El zurrón y el caramillo pendian de su cotilla: su sombrerillo de paja se veía adornado con lazos del amor, y sus vestidos bordados de lirios, rosas, palomas y tortolillas. En sus menores discursos aun se notaba la finura del madrigal y el tono quejoso de la elegía: sus miradas expresaban la languidez, y sus gestos el desamparo de una pasión eterna y desgraciada. Por consolar á los tiernos esposos se acercó á ellos con gracia y gravedad la pastorcilla, y despues de un grato saludo, les dijo:

Desechad el dolor, fieles amantes;
Armaos de valor y de constancia,
Vencereis de los dioses la arrogancia,
Y del hado las leyes inconstantes.

Si la roca brisó vuestro navio,
En el mismo parage he naufragado;
Cuando á mi fria edad hayais llegado
Tambien disfrutareis el placer mio.

La edad de juventud es borrascosa,
Mucho mas si prudencia no la guia...
Mas; ah! con cuánto gusto trocaria
Mi vejez por edad tan venturosa!

Hablando de este modo, les invitó
á disfrutar de su asilo campestre: les
presentó una comida compuesta de fru-
tas, leche y miel; y mostrándoles de le-
jos todos aquellos monumentos que
atraían sus miradas, les dijo entre pro-
fundos suspiros:

“Mirad en esta playa deleitable
Los muros de la antigua Citerea;
La nueva no es con ella comparable
A pesar de lo mucho que recrea.
Reparad esa cúpula admirable,
Que por su grave peso balancea,
Y sabed que tan bello monumento
Al platónico Amor sirvió de asiento.

Este Amor los sentidos apartaba
Del trato familiar con la ternura.
El galan que una jóven obsequiaba,
Portento de las gracias y hermosura,
Con los ojos del pecho * la miraba

* Imitacion de los romances de caballería. (Vi-
de *Cirus*, etc., etc.)

Sin osarse á mostrar su llama pura :
 Uno y otro en silencio se querian ,
 Y los dos sin palabras se entendian .

¡Qué dias tan serenos el amante
 Gozaba con su amor disimulado !
 Si asomada veia algun instante
 A su cara beldad , entusiasmado
 Exhalaba un suspiro penetrante ,
 Que á su pecho dejaba desahogado ;
 Y á su casa partiéndose gozoso
 Se creía el mortal mas venturoso .

Entonces la Inocencia florecia .
 La jóven , á los treinta bien cumplidos ,
 Los romances de Amor desconocia ,
 Y tambien los desmayos ó vahidos .
 Sin ser tan ignorantes hoy en dia ,
 Porque estamos al fin mas instruidos ,
 Las niñas en amar se encuentran diestras ,
 Y al salir del colegio son maëstras .

Ese alcázar soberbio y eminente ,
 Circundado de picas y pendones ,
 Sirvió de residencia antiguamente
 Al Amor de los nobles campeones ,
 El cual desde la cátedra elocuente
 En el arte de amar daba lecciones ;
 Y aprendieron con él á ser galanes
 Los Conrados , Tancredos y Roldanes .

Si la vista fijando un caballero
 En el bello atractivo de una dama
 Lograba que con ojo placentero
 La belleza , prendada de su fama ,
 Se dignase aplacar su hado severo ,
 Nacia entre los dos tan viva llama ,
 Por Amor sostenida de tal suerte
 Que solo se extinguia con la muerte .

Mas si acaso , su amor disimulando ,
 Con tibieza la jóven le miraba ,
 El galan , de rodillas suplicando ,

La causa de su enojo preguntaba ;
 La beldad, sus desdenes ostentando ,
 Ni siquiera los labios despegaba ,
 Y entonces el amante presumia
 Que un oculto misterio lo impedia.

El galan , por amor á la belleza ,
 A caballo montaba presuroso ;
 Los paises lejanos con presteza
 Recorría gentil y valeroso ;
 Y queriendo la bárbara dureza
 Aplacar de su signo borrascoso ,
 El cuerpo alimentaba con debates ,
 Con torneos , batallas y combates.

Un miembro se quedaba en Morería ,
 Otro en Asia , en América* una mano ,
 Una pierna y un ojo al mediodia ,
 Y despues , sin traer un hueso sano ,
 El amante á su patria se volvía
 Con sus triunfos y heridas muy ufano ;
 Del cuerpo ciertamente empobrecido ,
 Mas de gloria y amor enriquecido.

La dama, con los años mas tratable,
 Al galan recibia cariñosa ,
 Y á pesar de su estado deplorable
 Consentia por fin en ser su esposa ;
 Y unidos con el lazo inseparable
 Educaban su prole numerosa :

¡ Oh, cuánto nuestro siglo de tristura
 Dista de aquellos tiempos de ventura !

No habia en aquel tiempo como ahora
 Tanto fátuo galan envanecido ,

* Aquí sin duda cometió la venerable anciana un ligero anacronismo : no parece probable que los hazañosos caballeros descubriesen la América antes que Cristóbal Colon y Americo Vespucio, que le dió su nombre á fines del siglo quince.

Cuyo frio lenguaje asi enamora :
 «Señorita , por vos estoy perdido ;
 »Mas conozco tambien que usté me adora...
 »Decid pronto que soy correspondido ,
 »Pues hoy paso revista de doncellas ;
 »Es ya tarde y esperan otras bellas.»

Observad esa célebre portada ,
 Tribunal del Amor antiguamente.
 Aquí fué la perfidia castigada ,
 Reprendido el celoso impertinente ,
 La pareja constante y enojada
 Sus quejas exponía brevemente ;
 Y los jueces, oidas sus razones ,
 Disipaban sus mútuas disensiones.

Debajo de esas bóvedas ruinosas
 El Misterio dictaba al caballero
 Las canciones y letras amorosas ,
 Igual que al trovador y romancero.
 Mercurio en estas cuevas silenciosas
 Enseñaba al galan su compañero
 El arte de robar una pupila ,
 Engañando al tutor que la vigila.

Mas allá , á los pies de la colina ,
 Mirad como entre sauces sosegada
 Se pasea una fuente cristalina :
 Es la fuente Liñon. Allí sentada
 Ismenia la pastora peregrina
 Y el pastor Celadon, con voz pausada
 A los ecos vecinos repetían
 Las penas amorosas que sufrían.

Clitando en ese fresno corpulento ,
 Al verse de su bella despreciado ,
 Grabó sobre su tronco el testamento
 En favor del objeto idolatrado ;
 Y despues, con semblante macilento ,
 En la fuente vecina recostado ,
 Lloró su desventura y triste suerte ,
 Pidiendo con ardor la dulce muerte.

En el verde tapiz de esa pradera
 Alcandro, el amador, hurtó por chanza
 Un bello ceñidor á su Glicera ;
 Mas despues, anegada su esperanza ,
 Un dia que la vió sin que le viera ,
 Movido de los celos, dió en venganza
 Mil besos á la cinta encantadora,
 Sin dar uno siquiera á la pastora.

En esta soledad entristecido
 El sensible Leändro se quejaba.
 De la jóven Hortensia despedido ,
 La paz del corazon aqui buscaba ;
 Al pie de aquella ermita detenido
 Las cuerdas de su lira repasaba ,
 Y despues de llorar con triste acento ,
 A su casa volvia mas contento.

¿No veis aquellos prados deliciosos ?
 Pues en ellos gustaron algun dia
 Caballeros muy nobles y famosos
 La vida pastoril y cetrería.
 Sin arreos pesados y costosos
 El cayado de lanza les servía ,
 Por la honda sus armas olvidaban ,
 Y en cuidar los rebaños se ocupaban.

Al lado de las bellas pastorcillas
 Coversaban de asuntos inocentes ,
 Admirando las tiernas tortolillas
 Y el verdor de los prados florecientes.
 Describian el campo y florecillas
 En romances sinceros y elocuentes ,
 Usando de los chistes y agudeza
 Sin manchar el candor ni la pureza.

Ahora se hace gala sin recelo
 De escribir en estilo malicioso ,
 Cubriendo la expresion con cierto velo
 Tan delgado, sutil y misterioso ,
 Que cualquiera descubre sin desvelo
 El sentido que oculta venenoso:

En el siglo feliz de la Inocencia
 No ajaban tan vilmente la Decencia,
 Con velo, á la malicia impenetrable,
 Entonces el Decoro se cubría
 Dejando percibir su rostro amable.
 Mas ya los escritores en el dia
 La expresion mas soez y despreciable
 Desnuda nos presentan á porfia,
 Cubriendo muchas frases decorosas
 Con objeto de hacerlas maliciosas.

Tambien en la moderna Citerea,
 Lo mismo que en Paris, todo es fingido.
 El pintor y mecánico se emplea
 En hacer para el fátuo presumido
 Y la tonta mujer que nació fea
 Mascarillas de bello colorido,
 Pelucas, pantorrillas, bigoterías,
 Narices, dentaduras y caderas.

Este adorno fingido y aparente
 Ajusta cada cual á su figura,
 De modo que en Citeres al presente,
 Cual reloj, se desmonta la hermosura.
 En mi tiempo sencillo é inocente,
 Sin usar de costosa compostura,
 La espléndida y feraz Naturaleza
 Sus adornos prestaba á la belleza.

Con el blanco jubon bien ajustado,
 Limpia saya, corpiño, gargantilla,
 Y la rosa fragante en el peinado,
 Se adornaba la simple pastorcilla.
 Las señoras, en traje verdugado,
 Ostentaban magnífica cotilla,
 Y á mas un sombrero muy gracioso
 Permitia lucir su talle airoso.

En los dias festivos la aldeana,
 Con las sayas de blanca cotonía,
 Y justillo de rubia y fina grana,
 Los tiernos corazones atraía.

Asi me hallaba yo cierta mañana
 Cuando Tirso me vió ; ¡ dichoso día !
 A un tiempo nuestros ojos se encontraron,
 Y nuestros corazones se inflamaron.

En vernos, sin hablar, tan solamente
 Dos años se pasaron: por decoro
 Es preciso callar lo que se siente.
 Despues de otros dos años sin desdoro
 Nos hablamos al fin, y él imprudente
 Me dijo en este sitio : "yo te adoro."
 Ya podeis suponer cual fué mi apuro
 Al oír este voto prematuro.

Me hallaba, sin embargo, enamorada,
 Y por no disgustar mas á mi amante,
 Solo estuve tres años enfadada.
 En este corto espacio su semblante
 Indicaba su pena inmensurada,
 Y viendo á mi querido agonizante,
 "¿ Qué te pasa? le dije, Tirso amado:"
 Y escapé, segun uso, de su lado.

Aquella misma tarde, presurosa
 Dispuse mi viäje, y en dos años
 Sin miedo atravesé la mar undosa,
 Recorrí los paises mas extraños,
 Fuí presa de un pirata, y por hermosa
 Vendida al Gran señor, cuyos engaños
 No pudieron vencer mi fortaleza,
 Y salvé de sus manos mi pureza.

Del serrallo, por dicha, fugitiva,
 El disfraz adopté de peregrino,
 Y fingiendo marchar en rogativa,
 Sin guia caminaba mi destino.
 Por los montes y selvas pensativa,
 Despues de veinte meses de camino,
 Encontré á mi Tirso mas discreto
 Descansando en el templo de Loreto.

"¡ Ah cruel! exclamó: para calmarte
 »He corrido la tierra y mar profundo,

»Y tan solo por verte y abrazarte
 »He dado ya dos vueltas por el mundo"...
 En sus penas mi pecho tomó parte,
 Y por no verle mas tan iracundo,
 "Abrazame, le dije, Tirso amado,
 »Y con esto ya quedas bien pagado."
 Apenas satisfizo su deseo,
 Me rogó con acento lamentable
 Consintiera por fin en que Himeneo
 Hiciera nuestra suerte inseparable;
 De escucharle sentí dulce recreo,
 Y aprobé su intencion con voz amable.
 Mas, temiendo mi pecho sus engaños,
 Rogué que aun esperára otros dos años.
 Mas ¡ah! qué pronto pasa la ventura!
 Apenas bella aurora resplandece,
 Aun antes que gustemos la dulzura,
 Su luz el horizonte desvanece.
 Aun veo de mi Tirso la hermosura,
 Y cubierto de galas me parece
 Que aguarda con ardor aquel momento
 De prestar nuestro mútuo juramento.
 Mas en vano los días venturosos
 Recuerda el corazon: ¡Ah Tirso amado!
 Ya libre de recuerdos congojosos
 Reposas bajo el cespéd sosegado.
 ¿No veis aquellos cerros deliciosos,
 Cuya cresta la yerba ha coronado?
 Pues en ellos me aguarda un fiel amante,
 Y es forzoso partir en el instante.
 Venid y llorareis con una esposa
 Al pie de aquellos olmos corpulentos.
 Asi cuando á la tumba tenebrosa
 Os conduzcan los años macilentos,
 Otra pareja fiel y cariñosa
 Quizá compensará vuestros lamentos,
 Regando vuestra humilde sepultura
 Con el lloro que vierte la ternura."

Apenas concluyó la venerable,
 Los amados esposos se abrazaron,
 Y despues en su lloro lamentable
 A la viuda infeliz acompañaron;
 Sus brazos, con ternura imponderable,
 Al sepulcro de Tirso la llevaron,
 Sirviendo los amantes de esta suerte
 A la torpe vejez de apoyo fuerte.

Las ruinas atraviesan con presteza,
 Sin ver los edificios eminentes:
 Del palacio no admiran la riqueza,
 Ni del mármol el brillo sorprendente:
 Dé la bella Citeres la grandeza
 A sus ojos parece indiferente:
 Una tumba cubierta de enramadas
 Seduce solamente sus miradas.

Asi los monumentos magestuosos
 A costa de dinero fabricados
 Por esos ricos homes orgullosos
 Que quieren ser en muerte celebrados,
 Y cuyos mausoleos ostentosos
 Del necio adulador son admirados,
 Ceden á la sencilla sepultura
 Que fabrica el amor y la ternura.

Si alguno me dijera: "antiguamente
 »Una rica ciudad aqui brillaba;
 »La noble juventud, siempre valiente,
 »Los palacios y templos que ostentaba
 »A un grado la elevaron eminente;
 »Mas al fin sucumbió... todo se acaba."
 Mi alma, sus despojos admirando,
 ¡Ya no existe! dijera suspirando.

Mas si dice despues: "En este suelo
 »Dos queridos esposos habitaron,
 »Que al amante sirvieron de modelo,
 »Los dioses y los hombres les amaron;
 »Apagaba su sed este arroyuelo,
 »Esta cifra de amor ellos grabaron:
 »Siempre unidos vivieron en la tierra,

»Y aquel tosco sepulcro los encierra.
Al punto la ciudad olvidaría,
Sus templos, sus palacios, sus grandezas,
Su esplendor y elevada gerarquía,
Sus naves, su comercio, sus riquezas;
Y mis pasos al fin dirigiria
Sobre ruinas, sepulcros y malezas,
En busca del asilo respetable
De una pareja fiel é inimitable.
Tranquilo contemplára yo la vista
De tantos edificios consumidos,
Monumentos de gloria y de conquista:
Por costosos palacios derruidos
Mi amante corazon no se contrista.
Mas apenas los nombres esculpidos
De unos amantes fieles encontrára,
El llanto mis mejillas anegára.



CARTA LXXVII.

VENILIA , THOOSA , AMYMONE.

Tan agradable pareció á Neptuno y Anfítrite la antigua ciudad de Citeres, que resolvieron fijar allí su residencia. Mientras permanecieron en ella á nadie adoró Neptuno mas que á su querida Anfítrite; bien que tampoco podia imaginar cómo era posible que un marido adorase á otra que á su esposa.

Venus en tanto se habia retirado á la moderna Citeres, donde todos los ciudadanos de la antigua la iban diariamente á visitar de incógnito. Hasta el mismo Neptuno se creyó obligado á cumplir con este deber; y reflexionando, no sin razon, que su esposa desaprobaba esta visita clandestina, resolvió hacerla sin prevenirselo. Semejante viaje no podia atraer consecuencia alguna desfavorable: las audiencias de Venus eran públicas, y un marido de buen tono no

podia dispensarse de comparecer; tan ridícula extravagancia solo estaba reservada á esos esposos privilegiados, sujetos como esclavos á la voluntad de sus mujeres. Estos motivos eran mas que suficientes para determinar no digo yo al esposo sino aun al amante de Amfitrite.

En vano tanto se alaba
 ¡Oh Cupido! tu poder:
 ¿A qué viene encarecer
 La potencia de tu aljaba?
 No su fuerza seductora,
 Solo si la Vanidad
 Es tan solo la deidad
 De ese pueblo que te adora.
 Pon á un lado tus favores,
 El placer, la estimacion,
 La envidiosa posesion,
 Y los gustos seductores;
 Une á ellos la esperanza,
 Mas grata que realidad,
 Y un grano de vanidad
 Hará torcer la balanza.

Mas hé allí á Neptuno que al declinar el dia sigue la senda misteriosa que conduce á la moderna Citeres. Al llegar á un sitio en que la senda se divide, no sabe qué camino tomar; mas por de pronto consulta á la ninfa Salacia que percibió á su derecha, y despues á la ninfa Venilia que estaba á su

izquierda. Ambas le dicen: 'sígueme'; y Neptuno, bien fuera por inclinacion ó por costumbre, siguió á Venilia. Aun se ignora el parage á donde le condujo; pero al brillar la aurora buscaba todavía la salida de aquel laberinto, cubiertos sus labios de palidez y de rubor su semblante. Por fin la encontró, y recordando las inquietudes de su querida Anfitrite, ya se dirigia á consolarla cuando se halló con Salacia, á quien participó la perfidia de su compañera.— 'Y ¿por qué la preferiste? le respondió la ninfa: si hubieses venido conmigo....' Así lo ejecutó, y al tercer dia aun le aguardaba Anfitrite.

La vergüenza que causa el crimen hace á veces mas daño que el mismo crimen, impidiendo que el delincuente retorne á la senda de la virtud. ¿Cómo despues de tres dias habia de volver Neptuno á los brazos de su esposa? ¿Con qué pretexto podria colorar tan larga ausencia? La mentira embaraza, la excusa humilla.... En tanto que Neptuno se abandonaba á estas reflexiones, la ninfa Thoossa, extraviada como él, decia sollozando: '¿Cómo despues de tres dias osaré pre-

» sentarme á mi familia!» — «¡Qué pensaré
 » Anfitrite!» proseguia el dios. — «¿Qué
 » dirá mi madre?» añadía la ninfa. Re-
 flexionando cada cual de este modo, tan
 cercanos se encuentran uno de otro que
 se oyen , se escuchan , se detienen...; y
 cuando Febo hubo recorrido por nueve
 veces su desigual carrera , percibió en
 los peñascos de Nemnos al jóven Polife-
 mo jugueteando entre los brazos de su
 madre Thoossa.

Pero en esta época ya hacia tiempo
 que Neptuno se habia vuelto á extraviar:
 no se sabe á dónde guiaban entonces sus
 pasos el Amor y la Casualidad , y acaso
 lo ignora él mismo.

Con tanta rapidez los campeones
 Del imperio de Pafos y de Gnido
 Se retiran , despues de haber vencido ,
 Que ni dejan siquiera guarniciones
 En las plazas y fuertes que han rendido.
 Su mente , sin cesar embarazada
 Con los nuevos proyectos y la gloria ,
 Ofusca fácilmente su memoria ,
 Olvidando la plaza conquistada ,
 Y aun el dia feliz de la victoria.
 Asi del vencedor la ligereza
 No permite anotar los vencimientos
 Que lograron sus armas ó talentos ;
 Ni puede conocer la fortaleza
 De aquel que la rindió los sentimientos.

Quizá Neptuno se encontraría entonces á los pies de la ninfa Fenicia, ó acaso estaria persiguiendo á Bisaltis bajo la figura de un carnero, ó bien á Ceres trasformado en caballo, ó á Medusa convertido en ave, y aun puede tambien que estuviera seduciendo á Melanta disfrazado de delfin. ¿No admira V., Emilia, esta variedad de trasformaciones, y mas que todo la inclinacion del hijo de Venus á disfrazarse?

Cuando Amor en amistad
Con el Ingenio se hallaba,
Cupido se disfrazaba
Con capa de necesidad;
Y al fijar la Fatuidad
Su mansion en Idalia,
A Cupido le servia
El talento de disfraz.

Bien pronto sin embargo conoció Neptuno las ventajas que sobre la necesidad tiene el ingenio. Danao, rey de Argos, habia enviado á su hija Amynone por agua á una fuente solitaria, y un sátiro, que espiaba sus pasos, aprovechando el momento en que la jóven colocaba sobre su cabeza la cantarilla, la acometió bruscamente y quiso violarla. Pero Neptuno, que felizmente se paseaba por allí en sus

formas naturales, corre á los gritos de Amymone, pone en huida al espantoso sátiro, sostiene con una mano la cantarina, con la otra á la doncella desmayada, y estrechándola dulcemente entre sus brazos, la dice conduciéndola por el bosque :

« ¡ Cuánto debo á mi estrella
 » Por haberme á tal tiempo conducido
 » Para ser el apoyo de una bella,
 » Evitando el furor descomedido
 » Y el afan temerario
 » De ese monstruo cruél y sanguinario !
 » Es cierto que al mirar tanta hermosura
 » El pecho mas helado se conmueve ;
 » Y viendo sumergir en la onda pura
 » Esos brazos de nieve
 » Y esa mano rolliza
 » Un beso de los labios se desliza.
 » Mas ¡ ah ! si en ocasiones
 » No es dado contener los corazones ,
 » El amante discreto
 » Gustará la dulzura saborosa
 » Del lirio y de la rosa ,
 » Mas siempre con respeto . »

Entonces Neptuno

Miró á la doncella

Y en su mano bella

Un beso estampó.

La mano al principio

Veloz retrocede ,

Mas luego ya cede

Y el beso gustó.

« Ciertamente , bien veo

» Que despues de gustar dulces primicias,

- »Apetece el indómito deseo
 »Otro goce mayor , otras delicias ;
 »Y mas si por instantes
 »Ve brotar en el rostro nacarado
 »Nuevas rosas fragantes
 »Que Amor y Timidez han engendrado.
 »Pero sea que al ver un rostro bello
 »El Deseo se para distraído
 »A observar ese fino colorido
 »Y la tersa blancura de ese cuello ;
 »O bien que á detenerse le precisa
 »El coral de esos labios florecientes
 »A la par que inocentes
 »Y los hoyos que forma su sonrisa ;
 »O ya que de caricias y ternura
 »En su anhelo sediento
 »Contempla la nevada dentadura ,
 »Y en secreto respira el mismo aliento ;
 »No hay duda que al instante se retira ,
 »Temeroso de ajar tanta belleza ,
 »Cual relámpago espira ,
 »Y es forzoso que pase con presteza . »

Al dios en efecto
 La ninfa admiraba ,
 Y en nada pensaba
 Sino en escuchar ;
 Pendiente del labio ,
 Su pecho latía
 Y solo temía
 Dejase de hablar .

- * En fin , á las diez y ocho primaveras ,
 »Con un pecho sensible ,
 »El Pudor juvenil es muy posible
 »Que ceda á las ideas lisonjeras .
 »Del Temor combatido ,
 »Y en medio de una selva detenido ,
 »No es difícil que preste su obediencia

- »Al esfuerzo de dulce violencia.....
 »¡ Ah ! ¿ no ves cual desvía su recelo
 »El deleite atrevido y voluptuoso ?
 »Nada temas ; aquí todo es reposo.
 »Las nubes se dilatan por el Cielo ,
 »La grata oscuridad y la frescura
 »Halagan la ternura.....
 »No podrán mis miradas
 »Contemplar tus mejillas carminadas :
 »La Noche , bella ninfa , esperaremos
 »Y el bosque sin ser vistos dejaremos. »

— ¿ Y Anfitrite ? aun espera. No se horrorice V., Emilia , de esta interminable cadena de errores y deslices que aprisiona y retiene á los viajeros que se extravían en el nuevo camino de Citeres. Reciba mi amiga el juramento que le hago de no visitar jamas esta ciudad , ó de no caminar sino con ella.

Si en este laberinto frecuentado
 Un día mis pisadas se encontráran,
 Las huellas de mi amiga se admiráran
 Impresas á su lado :
 Entonces el curioso exclamaría :
 « Si vino á visitar el laberinto ,
 » De Cupido recinto ,
 » Y las selvas frondosas de Idalia ,
 » La Prudencia tan solo le guiaba
 » Y al lado de su amiga caminaba. »

C A R T A L X X V I I I .**P O L I F E M O , A C I S Y G A L A T E A .**

El mas espantoso y formidable de los hijos de Neptuno fué el gigante Polifemo, padre, segun Eurípides, de los Cíclopes, y primogénito, segun otros, de esta monstruosa familia. Era tal su estatura que en alta mar apenas llegaban las olas á su cintura. Una cabeza enorme, cubierta de encrespadas greñas, daba sombra á sus anchas y velludas espaldas; sus labios, rodeados de espesas barbas, tocaban las extremidades de sus largas orejas; en medio de su rizada frente, y por entre las sombras de su poblada ceja, se asomaba un ojo redondo que dominaba las ventanillas de su nariz arremangada.

Unas veces, sentado en la playa, se ocupaba en guardar sus numerosos rebaños; otras en perseguir por los bosques á los osos y tigres, á los cuales domesticaba; y mas frecuentemente aguar-

V I .**e**

daba por los caminos á los viajeros extraviados, los conducia á su cueva, los degollaba durante el sueño, y le servian de manjar los miembros palpitantes.

Si, á pesar de esta rara figura y carácter, dijera á V. que Polifemo se empeñó en amar á Galatea, la mas sensible y hermosa de las Nereidas,

Sin duda reiríais del gigante,
 Graduando su cariño delirante
 De pérvida impostura;
 Pero ¿no mudaría usté de idea
 Sabiendo que igualaba Galatea
 A vos en hermosura?

Era su talle suelto y airoso, castaño y rizado su cabello, negras sus cejas, sus ojos azulados, su nariz interesante, su boca delicada, sus labios sonrosados, sus brazos tan frescos y contorneados como sus mejillas, su cuello nacarado,

Y lo mismo que Emilia peregrina
 Sus gracias con el velo nos oculta.....
 Asi bajo la onda cristalina
 Su belleza mayor ella sepulta.....
 Perdonad, sin herir vuestro recato
 No puedo proseguir con el retrato.

Mas como el pudor comunica á los encantos aparentes la secreta belleza de los que encubre, el buen Polifemo, no

creyendo admirar sino lo que veía , se enamoró ciegamente de lo que no estaba á el alcance de su vista.

El Amor es además hermano de la Esperanza , y esta lo es de Vanidad , y el enamorado Cíclope por lo mismo no desesperó de verse amado. Primero concibió el deseo , despues la esperanza , luego la certeza de agradar ; y héle aqui todo el día sentado al borde de una fuente , abandonando sus rebaños , y hasta olvidándose de insultar á los caminantes y de perseguir á los monstruos por las selvas. Con su gaita de cien agujeros murmura á veces tiernas árias ; otras con un rastrillo de hierro peina su negra cabellera , y arregla con una hoz sus largas y espesas barbas : inclinando luego su cabeza , y fijando su ojo en el cristal de la fuente , se admira á sí mismo , se rie , y los valles retumban.

En aquel instante aparece Galatea en medio de las aguas : sus largos cabellos flotan sobre las transparentes olas que muestran y ocultan á la vez los escondidos tesoros de su seno. A favor de la espesura de los sauces y rosales salta á la playa y se dirige á su gruta misteriosa

riosa. Polifemo, inmóvil, estira cuanto puede su cuello, la observa con ojos codiciosos, y dice: «Esta es la hora en que
 » Febo arroja con mayor fuerza sus ra-
 » yos; los rebaños y los pastores repo-
 » san, y ya va tambien á reposar Gala-
 » tea.....»

¡Reposar á los quince la hermosura!

¡Qué poco Polifemo conocia

Al Amor y Beldad! ¡rara mania!

¡Cuán crédulo fué siempre por natura

El hombre enamorado!

¡Y en su credulidad qué afortunado!

A la sombra de verde y florida cúpula, y recostado en un lecho de yerba, el jóven Acis aguarda á la ninfa Galatea. Acis, hijo del dios Fanno y de la ninfa Syméthis, ardiente como su padre, y tan tierno y sensible como su madre, sabia hacer pasar á su jóven amante de los trasportes del placer al enagenamiento de los sentidos.

Adios, placeres de amar,

Si Cupido aletargado

Bajo un mirto deshojado

Reposa sin respirar,

A no ser que reunidos

El corazon y el talento,

Por medio del pensamiento

Reanimen los sentidos.

Mas si las tiernas caricias,

Las miradas de dulzura ,
 Las promesas de ternura ,
 Las continuadas delicias
 Y el deleite venturoso
 Abrevian con su presencia
 Los ratos que con frecuencia
 El Placer cede al Reposo ;
 Entonces ya no conoce
 El corazon ocupado
 La distancia que ha mediado
 Entre el reposo y el goce.
 En verde lecho , risueño
 Y entre caricias mecido ,
 El Amor que está dormido
 Al punto deja su sueño ;
 Y á convocar se apresura
 Los Placeres y el Contento ,
 Sin que cesen un momento
 Los goces y la ventura .

Tal era la felicidad de Galatea , en
 tanto que Polifemo , con la esperanza de
 enternecerla y alegrar su soledad , se
 aproximaba lentamente á su gruta can-
 tando con voz terrible :

Es la ninfa Galatea
 Quien mi pecho señorea .
 Mas derecha que la encina ,
 Mas gentil y seductora
 Que la corza corredora ,
 Y mas que Venus divina ;
 En primavera risueña
 Oscurece la frescura
 El resplandor y blancura
 Del agavanzo y alheña .

La miel es menos sabrosa,
 El vidrio * menos brillante,
 Y el color de su semblante
 Mas bello que el de la rosa.

El racimo mas dorado
 En verde parra pendiente,
 Por ufano que se ostente
 No se halla tan sazonado.
 De sus ojos la viveza
 Al mismo sol oscurece,
 Y el cedro que mas florece
 No la iguala en gentileza.

Si la cruël inhumana
 A mi amor correspondiera,
 Mas perfecta no la hubiera
 En la corte soberana.

Pero mas que las olas inconstante,
 Al mármol parecida en lo insensible,
 Semejante á la mimbre en lo flexible,
 Y á la flor espinosa en lo punzante,
 Me irrita con desvíos y rigores,
 Sin calmar uná vez mis sinsabores.

La pira que consume á la centella,
 El torrente que cae mas impetuoso,
 El corcel mas indómito y brioso
 Aun son menos temibles que mi bella:
 ¡Cruël! un pavo real es menos vano,
 Y un tigre menos duro é inhumano.

Si un dia Galatea contemplára
 La gracia sin igual de mis facciones

* Dudo que entonces existiese el vidrio. Estas comparaciones que caracterizan á Polifemo son en parte tomadas de Ovidio.

Y el valor de mis bellas perfecciones,
De su impío rigor se avergonzará,
Y aspirando á gozar la suerte mia
Su presente desvio lloraria.

He consultado ayer la fuente pura,
Y todas las Nayadas convinieron
En que nunca sus ojos conocieron
Mas hermoso mortal en la llanura:
De Baco y de Sileno es mi presencia,
De Atlas y Tifon mi corpulencia.

Mi voz á la del trueno es parecida,
Y Jovino, que aterra á los mortales,
Por bajo de mis hombros colosales
Pasára sin bajar su frente erguida.
Mis miembros, en sus años juveniles,
Son robustos, nerviosos, varoniles.

No son como los suyos delicados,
Pues tiene cada sexo su belleza:
Los hombres de vigor y fortaleza
Serán en todos tiempos estimados,
Así como la jóven hermosura
Amor inspirará por su dulzura.

Contempla, Galatea, mi semblante,
De gloria y perfecciones rodeado,
El vello de mi barba ensortijado,
Mis dientes de marfil blanco y brillante,
Y en medio de mi frente un ojo hermoso
Que vale mas que dos por lo espacioso.

Repara que á mi cuerpo le guarnece
Un pelo delicado, enrojecido,
Que sirve por lo espeso de vestido,
Y es un adorno mas que me embellece:
Dime, ninfa, si no ¿qué vale en suma
Cordero sin vellon, ave sin pluma?

Mis riquezas tambien y posesiones
Exceden mucho mas á mi hermosura;
¿No miras ocupada esa llanura
De ovejas y corderos retozones,

Los caballos corriendo por los sotos,
 Y en los prados las vacas y los chotos?
 Pues ellos y los frutos sazonados
 Son míos, y también de la que adoro.
 Los árboles, las frutas, mi tesoro,
 Mis chozas, mis vacadas, mis ganados,
 Su leche, su vellón, cuanto posea,
 Y yo mismo seré de Galatea.

Ven ya, ninfa seductora,
 Verás saltar á tu lado
 Al gamezno leonado
 Y á la corza corredora.
 Aquí vivirás contenta,
 Y entre otros varios hechizos
 Verás dos osos mellizos
 Que mi cuidado alimenta.
 Parecidos en color,
 É iguales en gallardía,
 Manifiestan que algún día
 Han de ser para el Amor.
 ¿Aun no vienes, ninfa pura?...
 ¿Quién motiva tu tardanza?
 ¿Así burlas mi esperanza
 Despreciando mi ternura?
 Mas acaso placentera
 Te detienen las caricias
 De un rival, y entre delicias...
 ¡Infeliz si tal supiera!
 Mi corazón no es celoso....
 De otro modo entre mis brazos
 Moriría hecho pedazos
 Ese rival venturoso.
 Sus miembros aun palpitantes
 Contra la roca estrellára,
 Y después los arrojára
 A las olas inconstantes.

Aun esto no bastaría,
Pues desgarrando su pecho,
Entre mis uñas deshecho
Su corazón sacaría....

Aproximándose en este momento á la gruta levanta el gigante su cabeza, y su terrible mirada descubre á Acis temblando en los brazos de Galatea. El Cíclope da un espantoso grito, el Etna se conmueve, Galatea se arroja al mar, y Acis se refugia entre los cañaverales. En su desesperacion desgaja Polifemo un peñasco y lo arroja á la cabeza de su rival: Acis esquiva aquella masa; pero la punta del peñasco, hiriéndole en el pecho, hace saltar su sangre hasta los pies de su amante desfallecida.

Polifemo ya vengado se retira satisfecho. En tanto la sangre que aun derrama el infeliz amante pierde su rubio colorido, y se trasforma por grados en una onda trasparente. En el mismo sitio que ocupa el ensangrentado cuerpo tendido en la ribera, advierte Galatea que se va formando una roca, cuyos flancos entreabiertos se cubren de musgo y de verdura. Repentinamente se aparece un dios bajo las formas del jóven

Acis, recostado magestuosamente en un lecho de cañaverales, y apoyado con gracia sobre una urna inclinada. Galatea le tiende sus brazos y quiere hablarle, pero los chopos y sauces, elevándose con pres-teza en torno de la onda naciente, rodean al dios del rio, y cierran para siempre su santuario impenetrable.

Allí, por dar alivio á su quebranto,
 La viuda Galatea concurría
 A verter en la playa triste llanto.
 Y la Noche sombría,
 Conductora de plácidos deseos,
 Esa Noche fecunda antiguamente
 En delicias, placeres y recreos,
 Estampando en su mente
 Ilusiones amenas
 Los dolores calmaba de sus penas.
 Y hasta brillar la luz del claro día,
 Sumergida en las olas espumosas
 A par que cariñosas,
 De su amante halagada se creía.

La muerte de Acis fué vengada por Ulises, rey de Itaca. Este príncipe, que al volver del sitio de Troya fué arrojado por la tempestad en las costas de Sicilia, se halló sorprendido en la playa por el feroz Polifemo; quien le encerró con sus compañeros en la oscura cueva donde guardaba sus rebaños. En esta gua-

rida espantosa se embriagaba el monstruo diariamente á su placer de sangre humana.

Antes sin embargo de devorar á estos extranjeros le movió la curiosidad de conocerlos , y preguntó al gefe cuál era su nombre. Mi nombre es Nadie , le contestó Ulises ; y trepando aunque con trabajo por las piernas del gigante , se acomodó en sus rodillas , y desde ellas le contó el robo de Helena. El minucioso retrato que hizo de esta princesa fijó de tal modo la atención de Polifemo que,

Entusiasmada su vena
Con este objeto divino ,
Un tonel de rico vino
Bebió á la salud de Helena.

Con una copa algo mas moderada fingia Ulises imitar sus libaciones: despues comenzó la narracion del sitio de Troya. Enagenado Polifemo con las hazañas de Aquiles , brindó á la gloria de este héroe, luego á la de Patroclo , Ajax, Filoctetes , Pirro , Nestor , Agamenon, y aun á la de Tersites , que no le pareció sin mérito. Pasando despues del campamento griego á la ciudad de Troya multiplicó sus brindis , tartamudan-

do los inmortales nombres de Príamo, Hécuba, Hector, Andrómaca, Casandra, Eneas...; y á su padre Anquises llegaba cuando, á impulsos de la embriaguez vino al suelo, quedando sumergido en un ronco y pesado sueño. Entonces Ulises, apoderándose de una desmesurada estaca, la introduce con brazo vigoroso por el ojo cerrado de Polifemo; y el gigante, aunque sin fuerzas por el vino, acosado del dolor recorre tropezando su retumbante caverna.

Al rumor de sus bramidos acuden á su cueva sus vecinos compañeros. «¿Quién te ha herido?» le preguntan. — «Nadie» contesta bramando el monstruo; y los vecinos creyendo que él mismo en su delirio se habrá sacado el ojo, se retiran presurósos por evitar su furor.

En tanto Ulises y sus compañeros, esquivando los brazos extendidos del gigante, permanecieron ocultos bajo los corderos, que, cual su dueño, eran mucho mayores que los demas animales de su especie. Pero reparando Ulises que su patron caminando á tientas solo tocaba en el lomo á los corderos, ató al vientre de cada uno un guerrero, y has-

ta él mismo se acomodó bajo el morueco. Colocado el Cíclope desde el amanecer á la entrada de la cueva hizo desfilar uno á uno todo su rebaño; y cada cordero al pasar por bajo sus manos y entre piernas ponía en salvo á un soldado griego, habiendo sido su gefe el último que se salvó.

Sediento de sangre, y con la esperanza de vengarse, vuelve á entrar Polifemo en su caverna; pero al encontrarla desierta, brama de furor, y mas al escuchar los lejanos gritos de Ulises y sus compañeros, que corrian á la playa. El monstruo babea de cólera y se dirige en su persecucion: unas veces tropieza, rompe y desgaja los árboles, las peñas y las colinas; otras desmorona la cima de una montaña, y arrojándola al valle, donde el eco repite los gritos de los griegos fugitivos, la masa se deshace y el valle desaparece.

Pero ya Ulises dirigia su rumbo hácia las costas de Itaca. El gigante, desprendiendo entonces una de sus piernas desde lo alto de la montaña, se zambulle en el mar, extiende sus inmensos brazos: Ulises amaina velas, el navío se salva, y

el Cíclope toca solamente con los escollos, un promontorio, y la gruta de Galatea. Al tocarla un doloroso suspiro se escapa de su oprimido pecho: conoció lo mucho que pierde un amante cuando se halla privado de la vista. Es cierto que desde la muerte de Acis no habia vuelto á oír los cánticos de Galatea, y ni aun á hablarla se habia atrevido, pero al menos la veía.

Entonces Polifemo entristecido
A la playa dirige sus pisadas;
Los peñascos y rocas escarpadas
Al gigante servian de mullido.

Unas veces, de penas abatido,
Fijar le parecia sus miradas
En las cuevas ó plácidas moradas
Do solia encontrar al bien perdido.

Otras veces el mísero gemía,
Cercado sin cesar de noche oscura,
Y el profundo dolor le consumia.

Sus continuos lamentos de ternura
La cercana montaña repetia,
Y ¡ya no la he de ver! Eco murmura.

Apolo libertó á Polifemo de tan triste y dolorosa existencia. Irritado Pluton de ver á Esculapio, hijo de Apolo y Coronis, dilatar por medio de su ciencia el término de la vida humana, y estrechar los límites del imperio de los

muertos, se quejó á Júpiter, y este, por complacer á su hermano, mandó á los Cíclopes le forjaran un nuevo rayo, que lanzó sobre la cabeza del célebre y malhadado Esculapio. Desesperado Apolo con su muerte, y no pudiendo vengarse del mismo Júpiter, atravesó con sus dardos á todos los Cíclopes, quedando para siempre desiertas las fraguas de Vulcano.

El nombre de Cíclopes se deriva, segun dicen, de la palabra griega *Cyclos* (círculo) á causa de la figura circular del ojo que tenían en medio de su frente. Este ojo supuesto no era otra cosa que la abertura circular practicada en medio de un broquel, con el que se cubrían el rostro cuando trabajaban, tanto para libertarse de las chispas, como para evitar el desmedido calor de las fraguas. Esta especie de agujeros aun se ven con frecuencia en muchos escudos antiguos; y vea V. lo que con esta ocasion me ha sucedido:

Inmediato al escudo de Minerva
Un dia felizmente me encontraba,
Y admirar esta prenda deseaba
Que de Amor, segun dicen, nos preserva.

Me aproximo, Su brillo me cegaba;
 Un vivo resplandor mi vista observa
 En medio del escudo, y con reserva
 Sospeché que Cupido se ocultaba.

“Sin duda que el Amor, dije al momento,
 »Por flecharme á su salvo aqui se abriga;
 »Pues ya mi corazon herido siento.”

El escudo levanto sin fatiga,
 Y ¿quién direis que estaba? ¿qué portento!
 —¿El Amor? —Nó. —¿Pues quién? — Mi fiel amiga.



CARTA LXXIX.
DIVINIDADES DE LOS BOSQUES, PRADOS, ETC.

¿No es cierto, amiga mia, que cuando V. asiste de convidada á una boda observa en secreto y pormenor las fisonomías desconocidas y aun á veces extrañas de los convidados; y cuanto mas sorprenden á V. sus gracias ó la novedad de su exterior, tanto mas se aviva vuestra curiosidad por saber

La historieta del vecino,
 Los amores de la adulta,
 Y los secretos que oculta
 La madrina ó el padrino?

Pues entonces es muy probable que la misma curiosidad haya V. sentido cuando ha visto desfilar el acompañamiento * nupcial de Neptuno y Anfitrite; y yo, que me encuentro medianamente iniciado en los secretos de la familia,

* Carta XLVII.
 VI.

Sin faltar á la verdad
 Os contaré francamente,
 Con toda sinceridad,
 Lo que dicen vulgarmente
 De cada dios y deidad.

Si cuanto dijere aquí
 A murmurar os conduce,
 No me echeis la culpa á mí;
 Mi lengua nada produce,
 La Historia lo quiere así.

Es verdad que causa tedio
 Toda sátira mordaz;
 Mas si honor está por medio,
 Se murmura sin remedio
 Tan solo con ser veraz.

Ante todo separemos de los principales personajes esa turba de personajes accesorios, y limitémonos á bosquejar ligeramente las cortas virtudes y las gracias populares de esa multitud de divinidades marítimas y campestres, que ningun ornato prestan á la corte de Neptuno á no ser por su rústica alegría y frescura lugareña, y que solo han sido convidadas por respeto al viejo Océano, encargado de tan numerosa familia.

Efectivamente, ¿qué le importa saber á V. que las Napeas, adornadas de campestres florecillas, tienen á su cuidado la conservacion de los prados? ¿Que las Oreadas, coronadas de musgo, pino y

enebro, habitan las grutas de la montaña? ¿Que las Driades, con sus guirnaldas de violetas, guardan el asilo de las florestas? ¿Que las Amadryades, circundada su frente de verdura, preservan de cualquier atentado al árbol de cuya conservacion pende su existencia? ¿Y que la vida respetable de esas viejas encinas se halla particularmente confiada á las Querculanas, que se adornan con su follaje? ¿He de contar á V. que la ninfa Rusina, armada con el rastro ó reja de arado, protege la cultura de los campos? ¿Que sus hermanas Valonia y Colina conservan el verdor de los valles y collados, recogiendo todos los dias los adornos que les ofrecen sus risueños dominios? ¿Que las ninfas Bubona* é Hippona, con su látigo en la mano y su boccina, presiden á los pastos, asi como tambien á los establos y caballerizas de los bueyes y caballos? ¿Diré á V. que la ninfa Seia, abrazada á un haz de espigas, tiene á su cuidado la conservacion del trigo recientemente sembrado en la tierra fecundada por el dios Estercolo,

* Apulyo, *Asno de oro*.

que, armado de horquilla, extiende y distribuye el abono? ¿O que Segesta*, coronada con la naciente verdura, hace que el trigo eche raíces: que Volusia dirige el tallo y desenvuelve la hoja, de la que Patelina desgaja la espiga que Flora fecunda, y que Lactucina empapa en una leche sustancial, consolidada por Matuta, pulverizada por Pilumna** y trasformada por el ardiente Fornax*** en una pasta ligera y nutritiva? No; no son estos los secretos que ambiciona saber vuestra curiosidad. Viendo además á estas ninfas coronadas de espigas verdes ó doradas, y reparando en sus manos los diferentes instrumentos que sirven para cultivar, recoger, trillar, pulverizar y cocer el trigo, desde luego adivinará V. el empleo de cada una. Si me empeñára en hacer un elogio de estas deidades desconocidas, de las que nada sé de bueno ni de malo, y os las citase como un modelo de la dulzura, inocencia y demás virtudes que, según se dice, habitan de incógnito en las solitarias campiñas, pue-

* Plinio, lib. XVIII. ** O Pilumnus. *Serv.*

*** Fastos de Ovidio.

de que esos Faunos con pies de cabra, aquellos Sátiros con barbas de macho cabrío, y estos Silvanos cubiertos de vello, que nos miran y escuchan, acaso, digo, se reirian de mi buena fe y de vuestra credulidad.

Mejor será callar, y francamente,
Sin recelo ni escrúpulo, creamos
Que estas ninfas vivieron santamente:
Amemos el Pudor perpetuamente,
Y el velo del Misterio no corramos.

De esta numerosa familia pasemos á la de las hijas de Nereo; pero aun así, ¿qué podré contar á V.? Estos Tritones saben mejor que yo contra qué roca se han de estrellar los virtuosos proyectos de aquella ninfa; á qué rio la Nayade de este arroyuelo conduce serpenteando su amor tan puro como su manantial; qué dios turbó en otro tiempo el transparente cristal de la ninfa de ese lago, y estropeó aquellos verdes cañaverales: hasta recuerdan la noche y sitio en que esa Nayade quebró su cantarillo, y que, despues de llorarle amargamente, recogió con no poco trabajo el cristal de su onda esparramada. Mas, por poco interesante que sea la crónica de todas estas

divinidades , ¿no es cierto, amiga mia, que siente el alma cierta dulzura trasladándose á estos tiempos venturosos en que la tierra , el aire y las olas se encontraban pobladas de genios bienhechores , y en que , reposando sobre el mismo lecho que las ninfas , se respiraba el aliento de los Céfiros , y solo se bebían las lágrimas ó la sustancia de las Náyades ? ¿ Puede haber un modo mas grato é interesante de multiplicar y embellecer la imágen del Criador ?

¡ Ah ! digo la verdad ; en todo objeto que logra interesar el alma mia , Bien sea con razon ó por manía , Encuentro una deidad á quien respeto.

Si de puro placer enagenado Me siento en ocasiones conmovido , Mi tierno corazon , agradecido , Busca su bienhechor idolatrado.

Mi vista le distingue donde quiera , Pues encuentro al Olimpo en la natura , Y en los bosques , los prados y verdura Adoro á la brillante Primavera.

Los Céfiros invoca mi deseo , Pues cubren y guarnecen con mil flores El templo y el altar de los Amores Durante su reinado de recreo.

Si el Otoño los frutos enrojece , Y cuelga de la vid el fruto albillo , Doy gracias , al llenar mi canastillo , Al Dios por quien Natura reverdece.

Al entrar en la choza del labriego ,

Que vive en su pobreza venturoso,
Saludo con acento respetuoso
Al dios de la ventura y del sosiego.

Venero la Amistad fiel y sincera,
Que, tendiendo su mano protectora
Sin cesar sobre Emilia seductora,
A mi madre protege placentera.

Ademas, me persuado la existencia
De un Dios que los placeres nos procura,
Y de otro que, halagando la ternura,
Los deseos inspira con frecuencia.

Y luego, remontándose mi mente
Del efecto á la causa soberana,
Reconoce que todo bien emana
Del Supremo Hacedor tan solamente.

Pero será preciso separar á Tetis
de toda la turba de Nereidas, pues fué,
segun dicen, la mujer mas hermosa del
universo. Apolo, Júpiter y Neptuno,
enamorado de sus atractivos, se dispu-
taron su mano; pero Tetis, insensible
al homenaje de estos dioses, preferia en
secreto á Peleo, simple mortal y modes-
to soberano de un pequeño canton de
Tesalia.

El Amor solo anhela ser dichoso,
Y prefiere el igual al poderoso *

Sin embargo, como los deseos de

* Voltaire, *comedia de NANINA.*

los reyes suelen ser la sentencia del destino, ya Tetis iba á sucumbir al empeño de Júpiter, cuando Prometeo le predijo que aquella ninfa daría á luz un niño que llegaría con el tiempo á ser mas ilustre y poderoso que su padre, é inmediatamente el rey del Cielo y sus rivales renunciaron á sus pretensiones.

Por esta prediccion logró Peleo
 La mano y corazon de su adorada;
 Y ese buitre feroz, dañino y feo,
 Cuya saña jamas se vió saciada,
 Que roe los placeres, el recreo,
 Y la sacra Amistad con faz airada,
 El Orgullo por fin, monstruo implacable,
 Una vez al Amor fué favorable.



CARTA LXXX.

TRITON, NEREO Y DORIS.

INO Y MELICERTO. PROTEO.

Triton fué el hijo mayor y el favorito del soberano de las ondas. Unos le creen hijo de Anfitrite, esposa de Neptuno, y otros de la ninfa Celeno, una de sus mancebas: yo soy tambien de esta última opinion, mucho mas considerando la preferencia que siempre dispensó el padre á este hijo, nada interesante por cierto.

Es tanta la desventura
 Del lazo matrimonial
 Que el esposo mas leal
 Le niega toda ternura;
 Y en despique, segun creo,
 Preferirá en su interior
 Los hijos que da el Amor
 A los que da el Himeneo.

El talento mas recomendable de Triton consistia en su facilidad natural para tocar la trompa. Parece que desdeñaba

la melodía y le inclinaba su genio á lo terrible, pues, durante la confusion del combate de los Titanes contra los Dioses, se pusieron en huida los gigantes despavoridos al escuchar un concierto de su trompa marina.

¡Qué genio tan sublime! ¡qué talento!
 Hoy día ¡cuál luciera sus primores
 El divino Triton con su instrumento
 Al lado de esa turba de cantores,
 Cuyos roncros acentos y chillidos
 Desgarran nuestros débiles oídos!

Esta misma disposicion comunicó Triton á sus hermanos, los que, como él, han conservado hasta el presente algo abultado el semblante y los labios inflamados.

A pesar del placer que Neptuno sentia al escucharles, mandó suspender un dia sus ruidosos conciertos por oír los cánticos melodiosos del célebre Nereo. Este favorito de Apolo, que preveía las sentencias del Destino, y embellecia con el prestigio de la poesía el porvenir de nuestra existencia, preludió tiernamente su lira, rodeado de toda la corte de Neptuno y Anfitrite, y cantó con dulce inspiracion:

Guardadme silencio , preciosas adultas,
Remotos sucesos predice mi voz ;
Del tiempo futuro las cosas ocultas
Mostraros pretende mi acento precoz.

La grata belleza mi mente ilumina :
Si ostenta sus flores el plácido abril,
Al punto mi ciencia sagaz adivina
Que habrá por Otoño cosecha fertil.

Si amais , prefiriendo la paz y ventura
Al lujo y al brillo , queridas sereis :
Contando quince años es cosa segura
Que mi vaticinio cumplido vereis.

El dios Himeneo con dulces caricias
A su fiel amante la bella unirá ;
Si ofrece al esposo de amor las primicias,
Tambien en su afecto constante será.

Sus años floridos serán dedicados
Al gozo que causa de un hijo el candor ;
Pues entre los padres y propios cuidados
Igual la balanza sostiene el Amor.

¡Oh madre dichosa ! con tanta ventura
Tus últimos años ¡qué dulces serán !
Tus hijos amados con ciega ternura
Con besos y abrazos tu amor pagarán.

En sus infortunios y su desamparo
Por tí protegida será la virtud.
Si el pobre indigente reclama tu amparo
Saldrás en su busca con gran prontitud.

Si un día tus ojos se cubren de llanto ,
Desecha del pecho tan triste temor ,
Que fieles amigos , al ver tu quebranto ,
Darán compasivos alivio al dolor.

Enternecida con el cántico la ninfa
Doris , y suspirando por este porvenir de
felicidad , miraba sonrosada al divino can-
tor , sin atreverse á dar crédito á sus

predicciones ; pero Nereo , desimpresionándola con tiernas miradas de su incredulidad , le predijo que seria madre dichosa y esposa adorada , jurándola que antes del año se cumpliria su prediccion , siempre que se dignara hacerle dueño de su mano en aquel momento . Doris se determinó á hacer la prueba , y el Hime-neo , contra lo que acostumbra , excedió en mucho á las promesas , pues la esposa de Nereo estuvo por mas de un siglo dando á luz anualmente una ó dos Nereidas . La mayor parte de estas ninfas se casaron con los hermanos ó hijos de Triton ; y las demas se retiraron á habitar en las grutas de los rios , ó en el asilo campestre de los Faunos y Silvanos .

Doris y Nereo participaron del favor y proteccion de Neptuno , juntamente con Ino y Melicerto , dos infelices que el monarca marítimo habia tomado á su cuidado .

Habiendo Atamas , rey de Tebas , repudiado á Nefelé , y abandonado á sus hijos Prixus y Hele , se desposó con Ino , de la que tuvo un hijo llamado Melicerto . Juno que , como mala esposa , presidia sin duda á las discordias matrimo-

niales, engendró en el corazón del rey Atamas el proyecto de degollar á la reina y al hijo. Ino por huir de su furor se precipitó en las olas con su amado Melicerto; y Neptuno, á quien la continua frecuencia de su paternidad le habia dado á conocer el precio del amor materno, acogió en su corte al hijo y á la madre. Ino fué adorada despues bajo el nombre de Leucotoe, y Melicerto fué asimismo adorado entre los griegos con el nombre de Palemon y con el de Portumnus entre los latinos. Presidia á la seguridad de los puertos, cuyas llaves pendian de su mano derecha, sosteniendo con la izquierda una áncora ó timon. Los marineros invocaban á Portumnus cuando se encontraban cerca de la playa; y en alta mar se encomendaban á Saron, que presidia á las maniobras, y tenia un remo y jarcias por atributos.

Forcis, otro dios de segundo orden, á quien los pilotos solian invocar durante las tempestades, era hijo de Neptuno y padre de Medusa. Despojado por Atlas de los reinos de Córcega y Cerdeña, buscó un asilo en la corte de su padre, y en ella gozó de esa respetuosa compa-

sion que humilla á los reyes destronados.

Pero de todos los cortesanos de Neptuno nadie poseyó en mas alto grado la ciencia de su estado como Proteo, hijo de Tetis y Océano; siendo tan vario en sus formas y tan flexible en su carácter que ni acierto á definirle ni á retratarle. Supongo no ignorará V. que la definicion sirve para las prendas morales, asi como la descripcion sirve para las físicas; y por lo tanto, si yo tratase de describir á Emilia, debiera decir:

El Pudor en su rostro tiene asiento,
 Sus labios carminados son de rosa,
 De Céfiro respira el suave aliento,
 En su cándido seno Amor reposa:
 Sus gracias, su atractivo y su talento
 Inspiran la pasion mas respetuosa:
 Su mirar avasalla, y su ternura
 Nos vence y aprisiona con dulzura.

Mas si quisiese definirla, añadiría:

Su bondoso corazon
 Comunica pura llama,
 Su modestia nos inflama
 Y absorbe nuestra atencion.
 Nadie puede contemplarla
 Sin que sienta vivo ardor;
 Juran todos por su amor
 Sin reserva idolatrarla.
 Desea con ansiedad
 El amigo ser amado;
 Y el amante apasionado
 Solicita su amistad.

CARTA LXXXI.

GLAUCO Y SCILA.

¡Qué dulce languidez Amor inspira
 Cuando grata inocencia nos oculta
 Ese bien por que tanto se suspira,
 Y que Deseo abulta!

¡Qué bello porvenir imaginamos
 Adelante gozar! Sin tal ventura
 En un profundo mar nos engolfamos
 De placer y amargura.

¡Sueño feliz! ¡delicia voluptuosa!
 ¡Qué presto se disipan tus primores
 Al romperse la gasa misteriosa
 De ligeros Amores!

Apenas satisfechos los deseos
 Que tanto nuestra mente enagenaron,
 ¡Adios grata ilusion, dulces recreos!
 Para siempre volaron.

Del goce apetecido noticiosos,
 Con voz nos preguntamos condolida:
 ¿Son estos los placeres amorosos

Y dicha apetecida?
 ¡Ah! dejemos gozar á la Inocencia
 En su dulce ignorancia mil consuelos,
 Haciendo porque viva Adolescencia
 Feliz con sus anhelos.

Del Amor en el reino deleitable,
 Mansion de las delicias y contento,
 Un placer no se encuentra comparable
 Al primer sentimiento.

Scila, hija de Forcis y de Hécate, disfrutaba de esta dulce melancolía, mas grata y deleitosa que el placer mismo, cuando se encontró á orillas del mar con un jóven pescador que se preparaba á echar sus redes. Era su mirar tierno, su presencia encantadora, su talle esbelto y magestuoso, sus contorneadas piernas se asemejaban á las de Mercurio, sus brazos á los de Ganimedes, y un ligero ropaje que pendia de sus hombros dejaba entrever su seno oprimido de suspiros y abrasado por los fogosos ardores de la juventud.

Cuando se encuentran dos enfermos mutuamente se interesan, sobre todo si su mal es el mismo: Glauco y Scila se encontraron, se miraron uno y otro, gemieron, y asociaron sus penas de este modo:

- Bella ninfa, ¿por qué tu pecho llora?
 — Y el tuyo ¿por qué causa se lamenta?
 — Un ardor los sentidos me devora.
 — Ah! tambien ese fuego me atormenta.
 — Perseguido del llanto,
 Sin poder reposar, aqui me vengo
 A buscar quien alivie mi quebranto,
 Y no sé lo que tengo.
 — Pues tampoco reposa
 Mi tierno corazon, y en su desvelo

Apetece sin duda alguna cosa,
Mas no sé lo que anhelo.

—Y yo, que respetaba

La sombra del dolor antiguamente

Y de un ave infeliz me lamentaba,

¿Crearás que al presente

Deseo que otros sufran mi dolencia,

Y los llantos me causan complacencia?

—Ah! no te ruborices,

O mi rostro verás que se enrojece;

Lo mismo que tú dices,

Lo mismo á cada paso me acontece.

—Mas ¿qué labios de fuego

Templarán los ardores que respiro?

—¿Y qué tierno suspiro

Secará de mis párpados el riego?

—Desecha, bella ninfa, tu amargura;

A calmar ese llanto yo me atrevo,
Mi pecho te lo jura.

—¡Benéfico mancebo!

No puedes soportar tus mismas penas,

¿Y pretendes cargar con las ajenas?

—Mi amor te lo suplica, permutemos.

—¿Y qué conseguiremos

Si de nuestro dolor el peso grave

Uno mismo ha de ser?—Ah! ¿quién lo sabe?

El remedio quizá no será vano....

Los trueques en amor son tan gustosos...

—Bien, vamos á trocar. —Somos dichosos;

Mas ¡oh fatalidad! tiembla tu mano...

—Y la tuya tambien tiembla azarosa.

—Nuestra pena sin duda es parecida,

Igual nuestro dolor, ninfa querida,

Siéntate junto á mí. —Ya estoy. —Reposa.

Y en efecto se sentaron; ¿pero podrían acaso reposar? Si desea V. saberlo, pregúnteselo á esa mujer vestida de

negro, que con paso veloz se dirige hácia la playa y les observa con ojos enfurecidos. Ved cual se erizan sus cabellos, y como se agita en sus manos una varita; ¿no escucha V. silbar sobre su cabeza una serpiente? ¡Será posible que á tal extremo lleguen los celos á envidiar el reposo de dos jóvenes desgraciados! ¿Pero quién es esa mujer que no puede sufrir que otra.... Ah! es una mujer.....

Adios, amiga adorada,
 Ángel de paz y candor,
 En cuyo pecho el Amor
 Jamas permitió la entrada
 Ni á los Celos ni al Furor;
 Si tu bello sexo apura
 Con frecuencia la amargura
 De los Celos y su hiel,
 Tu inalterable dulzura
 Me reconcilia con él.



CARTA LXXXII.**CIRCE. LAS SIRENAS.**

La seductora Circe, procreada
Por la Noche y el Día,
La sola favorita idolatrada
De su madre sombría,
Por medio de sus mágicos portentos
Turbó y horrorizó los Firmamentos;
Eclipsó de su padre la luz pura,
Y extinguió los Amores y Natura.

Esposa de un rey de Sarmacia, envenenó el mismo día de su boda la copa nupcial, y se refugió en el promontorio de Campania. En esta soledad, devorada por sus remordimientos, y caminando por entre peñas y precipicios, se entretenía en recoger con el veneno de las plantas la negra ponzoña de los reptiles. Ceñía su cuerpo una larga vestidura, matizada de estrellas de fuego, y arrastraba por la tierra un largo velo que pendía de su frente. Su mano, agitando la mágica varita, trazaba en torno suyo un círculo misterioso, cuyo centro ocupaba ella misma. Aquí era donde....

mas una pluma inmortal ha trazado ya este cuadro *, y cuando ha hablado Píndaro, yo solo debo admirar y callarme.

Al aspecto del cisne melodioso
La tímida Curruca desaparece;
Y el ave de las selvas enmudece
Contemplando su vuelo prodigioso.

Pero en tanto que Circe se ocupa en sus negros encantamientos, Glauco, aun inmóvil sobre el seno de su adorada Scila, abre con languidez sus párpados entorpecidos: sus ojos buscan los de su amada, y se encuentra en su lugar con las furibundas miradas de seis enormes cabezas, cuyas hambrientas bocas le muestran una triple hilera de dientes ensangrentados. Poseido del espanto y la admiracion, se levanta, retrocede y contempla horrorizado un cuerpo informe, que oponiendo sus flancos al furor de las olas, se ostenta rodeado de furiosos perros, con cuyos aullidos amedrentan al lejano navío que ha de pasar por aquel lado.

Tal fué la suerte de la desgraciada Scila, que no debe V. confundir con la

* Canto de *Circe* por J. B. Rousseau.

de la otra Scila hija de Nixus , que, por engañar á su padre, fué trasformada en alondra ; pues hoy mas que nunca es necesario no confundir la suerte del criminal con la del desgraciado.

Los encantamientos de Circe se estrellaron contra los escollos de la prudencia de Ulises , pues queriendo engañarle fué ella misma la engañada. Ya participaré á V. sus detalles cuando le cuente la historia de este héroe, de quien tuvo Circe en menos de un año tres hijos.

Tres hijos no son gran cosa
Cuando la madre es amable ,
Y si fuere á mas hermosa
¿No es un crimen perdonable ?

Como acontece en ocasiones que una encantadora , por envidia á su rival, nos preserva de los encantamientos de otra, Circe sin duda por esto advirtió á Ulises que se tapara con cera los oídos, mandándose atar á uno de los palos del navío para resistir mejor á la atraccion del canto de las sirenas , y evitar asi los escollos que les servian de mansion cerca de las costas de Sicilia. Eran estas tres hermanas hijas del rio Aquelous y de

la Musa Caliope. Se llamaban Leucosia, Lidia, y Parténope: Leucosia cantaba y tenia las tablillas, en tanto que Lidia la acompañaba con la flauta y Parténope con la lira.

Parténope dió su nombre á una ciudad de Italia, donde se asegura que murió. La ciudad de Parténope fué con el tiempo destruida, y Falaris la reedificó poniéndole por nombre Neapolis, ciudad nueva. Aun no ha olvidado Nápoles el cántico de las sirenas: es todavía la patria de los sucesores de Orfeo, y la escuela de la melodía; pero el Amor por desgracia no canta en ella casi nunca sus triunfos sino despues de haber perdido sus armas.

Pues en esta mansion encantadora
La Musa que los cánticos inspira,
Temiendo que la guerra destructora
Desentone las cuerdas de su lira,
Ó destemple su voz dulce y sonora
El aire que en los bosques se respira,
De sus flechas despoja al dios Cupido
Y el arco inutiliza tan temido.

El talento de las sirenas les proporcionó la amistad de Proserpina, y fueron testigos de su robo. Los dioses para que la buscasen les concedieron alas;

pero no las conservaron por mucho tiempo , pues , habiendo osado desafiar á las Musas en el cántico , fueron vencidas por sus rivales , y estas se coronaron con sus plumas . Ignoro si Caliope , madre de las sirenas , tomara tambien parte en sus despojos .

Pero madre conozco , amiga mia ,
Qué solo porque alguno la obsequiara
Los mas santos deberes olvidára ,
Y á sus hijas sin pluma quedaria .

Las sirenas , con ayuda del tiempo y de la vanidad , se consolaron poco á poco de haber sido abatidas por unas diosas ; pero no pudieron sobrevivir á la afrenta de haber sido vencidas por un mortal . Ya los Argonautas , atraidos por sus cantos , se olvidaban de la conquista del vellocino de oro , y su navío se dirigia á la isla fatal , cuando subiendo Orfeo á la cubierta cantó con acento divino el combate de los dioses . Al escuchar los melodiosos cánticos inspirados por el genio , animados por la gloria y purificados por la virtud , el prestigio se disipa , cesa aquel encanto , y el navío á velas llenas se dirige hácia las playas de Colcos . Las sirenas , viéndose reducidas al silen-

cio y desesperacion, arrojan al mar sus instrumentos, y hasta ellas mismas se precipitan.

Mas el rey de la líquida llanura
 Con placer las acoge en el momento,
 Y á su corte sirvieron de ornamento;
 Que siempre por su mágica dulzura
 La Sirena en la corte tuvo asiento.

Se las puede representar en su primera época como bellas ninfas con sus músicos instrumentos: con alas despues del robo de Proserpina: con plumas y patas de ave despues de sus inútiles pesquisas; y durante su mansion en la corte de Neptuno con aletas y cola de pescado.

Circe varía igualmente en su figura segun el tiempo y lugar en que está representada. Si dá su mano al jóven rey de Sarmacia, es Venus subiendo al trono de Pafos y de Gnido: si se conjura para perder á Scila, el furor se muestra en su semblante, rabiosa cólera respiran sus labios, las serpientes silban en torno suyo circundando sus erizados cabellos; la tempestad brama sobre su cabeza; el rayo obediente traspasa el círculo mágico que la rodea; una luz opaca y triste ilumina su actitud terrible, ponien-

do de manifiesto su varilla amenazadora, su negro velo, su ropaje estrellado y las copas emponzoñadas, cuyos vapores se elevan hácia el aterrado cielo. Pero si acoge en su isla al rey de Itaca y á los héroes que le acompañan, las flores coronan su rubia y perfumada cabellera, el pudor enrojece su semblante, la persuasión se desliza de sus labios, sus miradas manifiestan la languidez del deseo, y su ceño la molicie de la resistencia. Su trasparente ropaje traza los contornos de su esbelto talle, dejando ver el alabastro movable de su agitado seno; los Céfiros juguetean entre los pliegues de su velo, al derredor de sus hermosos brazos, y en torno de sus delicados pies. En una mano tiene una varilla adornada de flores, y con la otra presenta sonriéndose una copa en todo semejante á la que remito á V. por el portador de este billete.

De Circe la gentileza
El Amor te ha regalado,
Y al propio tiempo te ha dado
Su talento y su belleza.
Cual de Circe seductora
Nos encanta tu dulzura,
Y tu cándida ternura
Nos inflama y enamora.
Y para que á Circe bella

En un todo representes,
Será fuerza nos presentes
Una copa como aquella.

El que guste por acaso
Despues que tú sus primicias,
El amor y las delicias
Beberia en ese vaso.

En su pecho sin tardanza

Sentiria un vivo fuego,
Y turbáran su sosiego

El Temor y la Esperanza.

Mas apenas consumiere

Aquel nectar delicioso,

Apurára codicioso

Cuanto el platillo tuviere.

Feliz yo si mi barquilla

Arribando á tus riberas

Cual otra Circe quisieras

Trasformarme en tortolilla.

Admirando tus encantos

Allí viviera contento,

Pues respirando tu aliento

Se templarian mis llantos.

Y despues que se calmára

El ardor de mis pasiones,

Extendiendo mis alones

Sobre tu seno espirára.



CARTA LXXXIII.
CEIX Y ALCIONE.

Amor, que tanto mal ha producido,
 El Amor, ese dios cuya osadia
 Hasta el seno del mar ha conducido
 La alarma y confusion; por quien un dia
 Vertieron triste lloro
 Anfitrite y las Ninfas de su coro;
 Por dos veces tambien estas riberas
 Conmovió con sus quejas lastimeras.

Amor lloró la suerte desgraciada
 De Ceix y su esposa malhadada;
 Y en premio de sus cándidos amores
 Mitigó de Boreás los rigores.
 Tambien Eco sus llantos repetia
 Cuando Aquilon fogoso
 Exterminó furioso
 La antorcha que á Leandro conducia.

Alcione, hija de Eolo, se habia uni-
 do á Ceix, rey de Traquina é hijo de
 Quione y Lucifer*.

Este dios Lucifer, de madrugada,
 A la Aurora precede placentera;
 De la Noche presagia la llegada

* Se le llama *Lucifer* antes de salir el sol, y *Vesper* despues de ponerse.

Quando Febo concluye su carrera ,
 Y al mostrar sus opacos resplandores
 A las citas convoca los Amores.

Gozaba Ceix al lado de su querida
 Alcione de esa inalterable felicidad que
 en vano intentaria bosquejarla el que
 nunca la hubiese disfrutado.

No era, no, el delirio amoroso
 Que consigo se llevan los años ,
 Y no deja sino desengaños
 Y el mas triste y acerbo pesar :
 Ni tampoco los gratos placeres ,
 La constancia, la dulce ternura ,
 Ni de fiel amistad la ventura ,
 Ni los goces que causa el amar ;
 Era, sí, ese nectar divino
 Que los Hados, sin duda celosos ,
 A los tiernos y fieles esposos
 Rara vez permitieron gustar.

Alcione, saboreando la celeste copa
 de aquel nectar divino, llegó á ser ma-
 dre. Ceix se complacia en participar con
 ella de sus cuidados, penas y placeres.
 Muchas veces, con el fin de recordarla el
 encanto de su mútua felicidad, la bos-
 quejaba este cuadro, asi como nos com-
 place el presentar un tocador á la mo-
 destia para hacerla ver su hermosura. Si
 notaba en su semblante alguna nubecilla

de tristeza, al punto se colocaba á su lado, y abrazándola, decia:

Desde que brilló la aurora

Triste tu rostro se mira,

Tu pecho tambien suspira,

¿Qué tormento le devora?

¿Gimes, ninfa seductora,

Por tristeza, ó por amor?

En tu aciago sinsabor

Un recuerdo cariñoso

De tus hijos y tu esposo

¿No calmára tu dolor?

Pero ¿quién será capaz

De perturbar tus delicias,

Disfrutando las caricias

De nuestra prole rapaz?

Si contemplo su beldad,

Copia fiel de tu hermosura,

Se disipa mi amargura;

Y abrazando con anhelo

Los retratos y el modelo

Nada iguala mi ventura.

Si en tu pálido semblante

Impreso el dolor se mira,

Mi pecho por tí suspira,

Y te alivias al instante.

Un beso pide tu amante,

No te apartes de su lado,

Que su pecho atormentado

Tus caricias necesita....

Ah! ya el gozo nos visita,

Y el dolor se ha disipado.

Tal fué la felicidad de Alcione mientras Ceix no tuvo mas ambicion que la de agradarla; pero bien pronto la fortu-

na, aumentando su imperio y sus riquezas, engendró en su corazón el deseo de la grandeza. Engreído con su nuevo poder se atrevió á usurpar el nombre de Júpiter * ; y aun conoció su esposa que también le quería imitar en el carácter y en la indiferencia conyugal. Alcione, rica en honores y pobre de placeres, echaba de menos su fecunda medianía en medio de su estéril opulencia.

Jamas vivir pudieron un instante
 La Grandeza y Amor en compañía ;
 Aqueste la mansion busca sombría ,
 Y aquella la morada mas brillante.
 El Amor comedido
 Presentarse no quiere sin vestido ;
 Y la grandeza vana
 Su grave majestad ostenta ufana.
 Por eso , francamente lo aseguro ,
 Jamas mi corazón enternecido
 Del poder en la cumbre ha concebido
 Un momento feliz , un placer puro ;
 Pero en cambio concibe
 La dulce sensación que se recibe ,
 Y el placer que se goza
 Bajo el techo pajizo de una choza.
 Su vida no turbára el ambicioso ,
 Si gustando placeres duraderos
 Olvidára sus goces pasajeros.
 Así mi corazón , nada anheloso ,

* Apolodoro , lib. 1.º

Solo busca la calma
De aquella sensacion que mueve al alma ,
Y en cuya fuente pura
La paz se saborea y la dulzura.

Júpiter no pudo ver sin indignacion que un mísero mortal se atreviera á usurpar el nombre del rey de los Cielos , y desde aquel momento la venganza celeste cayó sobre el usurpador.

Quione , madre de Ceix segun varios autores , y nieta de este segun otros , orgullosa de verse unida á un mismo tiempo con Apolo y Mercurio , osó preferirse á la misma Diana. Semejante temeridad quedó largo tiempo sin castigo , pues Diana , insensible al Amor , no fundaba su vanidad en la belleza ; pero vió á Endimion , y la infeliz Quione fué víctima de sus dardos. Dedalion , padre de esta desventurada , se precipitó desde un peñasco del monte Parnaso , y los dioses compadecidos de su suerte le transformaron en gavilan.

Horrorizado Ceix con las desgracias de su familia , y mirándolas como un funesto presagio para él mismo , resolvió partir á Claros para consultar el oráculo de Apolo. Los que le creen hijo de Quio-

ne aseguran que pretendia suplicar al dios de la medicina que resucitase á su madre. Mi amiga sin duda se complacerá en creer que solo este fué el motivo de su viaje :

Y á todos clasificando
 Por tu corazon bondoso,
 No dudarás que animoso
 Ceix, el suyo consultando,
 Los mares atravesára
 Por una madre querida,
 Cual tú darías la vida
 Si la tuya te faltára.

Sabedora Alcione de esta marcha repentina , y poseida del mas espantoso dolor, vuela á la playa , divisa á Ceix, cuyo pie ya toca la barca fatal , da un grito, se arroja á sus plantas, é inundando el suelo con sus lágrimas, le dice:

¿ En qué Alcione desgraciada
 Te habrá podido ofender
 Para que asi haya de ser
 Por su amante abandonada ?
 Si mi esposo tal ordena,
 Mi corazon abatido,
 A sus leyes sometido,
 Le obedecerá sin pena.
 Mas al dejarme un esposo,
 ¿ Por qué con tanta osadía
 La cólera desafía
 De un elemento furioso ?
 Ah! teme la falsedad

De Aquilon enfurecido,
 Pues su reposo fingido
 Presagia la tempestad.

Hija del rey de los Vientos,
 Conoci desde la infancia
 De mi padre la arrogancia
 Y malignos sentimientos.

Si deseas caminar
 Por la mas segura senda,
 A Cibeles * encomienda
 Tu marcha sin reparar.

¿Acaso no te amedrenta
 La mar ensoberbecida,
 Ni la centella temida,
 Ni los rayos, ni tormenta?

¿Preferirás por ventura
 El Huracan impetuoso
 Al Céfiro bullicioso,
 Al esmalte y la verdura?

En el reino de Cibeles
 Mercurio ** fuera tu guia,
 Y con esta compañía
 Ningun peligro receles.

Si el Huracan enojado
 Te amenazáre con saña,
 Bajo la humilde cabaña
 Respirarás sin cuidado.

El palacio te acogiera
 En la noche tenebrosa,
 Ó la floresta frondosa
 Lecho blando te ofreciera.

Yo tambien con alegría,
 Contemplando que tranquilo
 Reposabas en su asilo,
 Sin temor reposaría.

* Diosa de la Tierra. ** Dios de los viajeros.

Mas ¿qué morada segura,
 Qué sosiego ni reposo
 Te ofrecerá el mar undoso,
 Inflexible en su bravura?
 Sin descanso ni sosiego,
 En cuantas nubes yo viera,
 Que llevaban presumiera
 Las tempestades y fuego.
 Abandonada mi mente
 A eterna melancolía,
 Por do quier encontraría
 La viudez tan solamente;
 Y si acaso divisára
 Los restos de algun navío,
 Triste llanto el pecho mio
 Por mi Ceix arrojára.

A estas palabras el esposo de Alcione la interrumpe en sus quejas con un beso, como si aun fuera su amante, y con la ternura que en otro tiempo acostumbra, la dice:

“Antes que la voluble mensajera
 De la Noche sombría
 Concluya por dos veces su carrera,
 Yo prometo volver, Alcione mia.
 Las olas hoy prefiero en su bonanza
 Al reino de Cibeles floreciente,
 Porque así mi tardanza
 Menos larga será: ten tú presente
 Que Céfiro, del cual soy protegido,
 Tambien tiene sus alas cual Cupido.”

Asi dice, se suelta de sus brazos y se introduce en el navío, que cortando

las olas desaparece de la playa. Alcione, inmóvil de dolor y tendiendo los brazos, dirige sus últimas miradas á su esposo, al navío y á las henchidas velas, cuyos objetos se anublan hasta perderse de vista.

Después, con melancólico semblante y ojos abatidos, se dirige con lentitud á su palacio, donde cada objeto renueva sus recuerdos y desesperacion.

Ya llorosa contemplaba
El asilo silencioso
Que de su querido esposo
Los secretos ocultaba.

Ya los trajes y despojos
Le recuerdan su amargura,
Ya la nitida armadura

Hiere sus lánguidos ojos.
Y en el lecho de delicias
No encuentra ningún alivio

Al notar que aun se halla tibio
De sus últimas caricias.

Pero en breve los temores sobrepujan al dolor, y Alcione, por la salud de su esposo, dispone un sacrificio al soberano de las olas y al dios de las tempestades. «Soy hija de Eolo, decía, y quizá sus fogosos hijos se calmarán con los votos y ofrendas de la que debe el ser á su padre.»

Ya la sangre de un toro negro corre

ante las aras del altar de Neptuno, y los sacerdotes la recogen en copas doradas: un enorme javalí, con el ojo enrojecido y la piel erizada, se quiere resistir á la mano que le conduce; pero se le arrastra por fuerza y cae bramando al golpe del hacha sagrada. Los sacrificadores arrojan á las olas las entrañas palpitantes, y enrojecen la onda amarga con sus copas ensangrentadas. Entre tanto se inmola una oveja negra sobre un peñasco batiendo por las irritadas olas, conjurando con descompasados gritos á Eolo y las tempestades. Estos acentos siniestros son á veces interrumpidos por el cántico de las vírgenes, coronadas de guirnaldas, que conducen al altar de Céfiro un corderillo que acaban de separar del pecho de su madre. En seguida prenden fuego á la hoguera, y el vapor de las ofrendas sube confundido con el incienso al trono de nubes, donde se halla sentado el soberano de los Vientos. Entonces Alcione, elevando al cielo sus ojos, en los que brillan el fervor y la esperanza, se arroja y dice:

Eolo, gran monarca de los Vientos,
Escuchad de una hija malhadada

Por vos en otro tiempo idolatrada,
Los miseros acentos.

Mis votos acoged con indulgencia:

Ya sabeis, padre mio, que Natura,

Al tiempo que me dísteis la existencia,

Mandó que procuráseis mi ventura.

Desterrad á los fieros Aquilones

Del imperio del mar, y sin demora

A plaga tan cruël y destructora

Sujetad con prisiones.

Si la paz de tu oscura fortaleza

Osáre perturbar su furia insana,

Recordadles, señor, que soy su hermana,

Y temple su furor Naturaleza.

Dignate contener por un instante,

¡Oh Boreás! el ímpetu terrible

De tu soplo temible,

Y los dias protege de mi amante.

Si de amor la ventura conociste,

Y tu alma se siente conmovida,

En un soplo ya sabes que consiste

Nuestra felicidad en esta vida.

Y tú, Viento del Aura bullicioso,

En quien mi corazon confia ufano,

Y mira cual hermano,

¡Oh Céfito! camina con mi esposo:

Si la vida conservas de mi amado,

Del mortal que idolatra el alma mia,

Digno premio quizá no encontraría

Que pagase favor tan señalado.

Pero Flora compensa felizmente

Con sus gratas caricias tus favores;

Y pues tú la pareces mas luciente

Que los mismos amores,

Y mas fresco y lozano que la Aurora,

Cuando hicieras feliz al miserable

Que tu favor implora

¿No la parecerías mas amable?

Eolo hubiera sin duda atendido á los ruegos de su hija si hubiese podido oirla; pero los recios Aquilones, persiguiendo sin cesar al navío de Ceix, desvanecieron el incienso y los suspiros de Alcione.

La Esperanza entretanto hacia menos largas las horas que la Zozobra eternizaba. Habita la Esperanza con su hermana la Piedad en la mansion de las Inmortales, y todos los dias iba Alcione al templo de Juno á visitar á aquella. Pero la reina de los dioses, cansada de escuchar sus impotentes súplicas, y no pudiendo permitir que una vana esperanza fuese el premio de los sacrificios ofrecidos en honor suyo, encargó á Iris, su veloz mensajera, que desengañase á la crédula Alcione.

Mas si su felicidad
 En un error consistia,
 Desvanecer no debia
 Su grata credulidad.
 Cuando en la falsa creencia
 Estriba nuestra existencia
 ¿A qué decir la verdad?
 Si un dia necio temor
 Tu afecto desmereciera,
 Y yo no lo conociera,
 Siempre fiado en tu amor,

Sé compasiva conmigo ;
Y, si aprecias á tu amigo ,
No le saques de su error.

Pero ya Iris, conducida por las alas de los Sueños, penetra en la estancia donde Alcione reposa, y se presenta á su imaginacion bajo la figura de su esposo. Sus ojos apagados, su lívido semblante, sus labios descoloridos, su ropa y cabellos mojados, anuncian á la esposa el desastroso fin de su amante. Al verle lanza un grito de horror, se levanta precipitada, corre á la ribera, y con aterrada vista busca en las lejanas olas el objeto que teme divisar. En vano sus afligidas compañeras tratan de mitigar su dolor: "él es, exclama; es su sombra, la he visto, y la veo todavía." — Mas ¿por qué, mi amada Alcione, te has de abandonar á los inciertos prestigios de un vano sueño? ¿Ignoras por ventura que los Sueños son hijos del Error, y se burlan sin cesar de los temores y esperanza de los mortales? Lo que anuncian ¿no es por lo regular lo contrario de lo que sucede? Y si te anunciaron la pérdida de Ceix, ¿no deberás mas bien presumir que ellos sean los mensajeros de su venida?

Acogiendo Alcione esta idea consoladora, enjugó poco á poco su llanto, y con aire reconocido se sonreía con sus compañeras, que, mientras recogian flores, cantaban :

Si los goces tranquilos del alma
Proporcionan los dias serenos,
¿Por qué turban los rayos y truenos
El sosiego de tu corazon?

Ya la plaga constante de amores
Por los aires se ostenta gozosa,
Y disipa la nube espantosa
Que fraguó tu siniestra ilusion.

Ya ligera remonta su vuelo,
Y á Febonio conduce apacible
Al palacio de Tetis sensible,
Consolando su tierna ansiedad,
Y plácida liga

El amante á su cara beldad.

Los Tritones ya ves y Nereidas
Que retozan de gozo y contento,
Y veloz se repite su acento
Por la vasta llanura del mar.

Ya las flores ostentan su brillo
En la costa, las rocas y prado,
Y con su colorido animado
Solicitan asi celebrar

La próspera vuelta
Del amante á su cara beldad.

La veloz golondrina repara
Que á pais floreciente se aleja;
Pero todos los años le deja
Por volver á su lecho nupcial.

Del amor y constancia modelo,
A su patria retorna cantando,
Y el temor natural desechando

Atraviesa los mares audaz ,
Trayendo consigo
El amante á su cara beldad.

Atenta Alcione á los cánticos que mitigaban su dolor y reanimaban sus esperanzas , dirigia sus pensativas miradas por la vasta extension del mar tranquilo. Si á lo lejos divisaba un azulado peñasco , le parecia ser el navío de Ceix ; y si el ave ó nubecilla atravesaba por el horizonte , era el pabellon ó las velas de la nave. En medio de estas ilusiones , su vista incierta se fija en un objeto que distingue flotando con lentitud sobre las olas : ‘¡ah! no es él , dice suspirando : ni velas ! ni marineros !...’ Y en aquel instante le representa su imaginacion un ligero barquichuelo que , aprovechándose de la calma , precede ó quizá trae á su esposo ; pero el objeto se aproxima , y el barquichuelo poco á poco desaparece. Otro objeto blanquecino , cabellos negros y flotantes , brazos inmóviles y extendidos , le representan por grados la imagen de un infeliz , víctima de la tempestad. ‘¡Ah! ¡desventurado ! exclama ; ¡cuál compadezco á tu esposa !’ y sus ojos , sin querer contemplar aquel objeto de hor-

ror y piedad, se fijan en él involuntariamente. Cuanto mas el cuerpo se aproxima, tanto mas atrae sus miradas, helando al mismo tiempo los sentidos de Alcione, ya tan pálida y fria como el mismo cadáver. Su esposo, el terrible sueño, un cuerpo lívido, aunque magestuoso.... ¡ ah ! ¡ qué siniestros presagios !... aun duda sin embargo. Las olas cubren su semblante y solo dejan ver unos miembros.... desconocidos quizá; pero una oleada pone de manifiesto la cabeza, y Alcione exclama:

¡ Eres tú, caro bien !... ¡ el Cielo impío

Así desatendió mis juramentos !...

¡ Y su dicha esperaba el pecho mio

De los dioses sangrientos !...

¡ Ah Ceix ! mis temores se han cumplido...

¿ Es esto lo que habias prometido ?

Pronunciando estas palabras, que ahogaba el dolor, se dirigió presurosa á la cumbre de un peñasco, cuya cima amenazaba á las ensoberbecidas olas ; y el pueblo, que la observaba con vista inquieta, dió un grito de horror al verla precipitar sobre su esposo. Pero bien pronto el silencio y admiracion suceden al espanto : ligeras alas suspenden á Al-

cione en medio de los aires, se posa con apacible vuelo sobre el cuerpo inanimado de su esposo, le cubre de caricias, le reanima con sus besos, y, comunicándole nueva existencia, ve salir á su esposo del seno de las olas, vestido como ella y adornado de plumas matizadas de oro y azul. Bajo esta nueva forma, muertos para la ambicion, y renacidos para la naturaleza, vuelven á disfrutar los ardores de sus primeros años de himeneo, aumentándose con ellos su felicidad; y cuando la vejez entorpece las alas de Ceix, Alcione ayuda á su esposo, le eleva fuera de las olas, y le sostiene en los aires, revoloteando al lado suyo.

Penetrado Eolo de la desgraciada suerte de su hija, hizo llamar á todos sus hijos, y despues de haberles echado en cara con acritud el infortunio de su hermana, los retuvo siete dias encerrados en su palacio. Aprovechándose Ceix de la ausencia de sus enemigos, construyó sobre el tranquilo mar una morada flotante, donde su esposa procreó los primeros dones de su nuevo himeneo. Todos los años, mientras reina Bóreas, llora Eolo por su hija, encarcelando á sus

enemigos, y el mismo destierro favorece
los mismos amores.

Gracias á los decretos inmutables
De ese dios que los vientos encadena,
Disfrutan los Alciones miserables
Siete dias al año paz serena.
— Es poco, me direis; mas todavía
Se contentan con menos los amantes.
Si del gozo que siente el alma mia
En algunos instantes;
Si de aquellas caricias moderadas
Que á veces me dispensa tu ternura;
Si de aquellos acentos y miradas
Que mi pecho traspasan con dulzura;
Y por fin, si de todos esos ratos,
A mi corazon gratos,
Con que calma Cupido mis dolores,
Concederme los dioses se dignáran
Siete dias al año de alegría,
¿Qué mas pedir podría
Sino que á los de Emilia se juntáran?



CARTA LXXXIV.**HERO Y LEANDRO.**

En las riberas del Helesponto y dentro de los muros de Sestos se elevaba un templo célebre dedicado á la madre del Amor.

En este cierta Vestal
Que á Venus Casta* servía,
Bajo el velo virginal
Pundonorosa cubría
Su belleza angelical.

Y siempre que los mortales
Cansados de padecer,
Con ofrendas celestiales
Venían á pretender
El alivio de sus males,
Aun antes de suplicar
A Venus pundonorosa,
Se iban todos á postrar
Ante la Vestal hermosa
Que cuidaba del altar.

Sin duda se sonreirá V. con malignidad al oír que se daba á Venus el epíteto de Casta ;

* Se adoraba á Venus púdica. Horacio la llama *Venus decens*.

Pero, amiga, no te asombre
 Que tan precioso renombre
 A la deidad se pusiera :
 En aquella edad severa
 Se adoraba por deber,
 No á Venus como en sí era,
 Sino cual debía ser.

Todos los años, al comenzar la primavera, atraían sus fiestas á Sestos una porcion de amantes desesperados, un corto número de amantes felices, y la multitud de aquellos cuyo amor naciente fluctúa todavía entre el temor y la esperanza.

Leandro, fuertemente acometido,
 De ese mal contagioso
 En la flor de los años tan gustoso,
 Dirigia sus pasos condolido
 Al templo de la diosa de Idaliã,
 No á pedir que los males que sentia
 Del todo le curára,
 Sino solo á que alivio le prestára.

Se presenta á las puertas del templo coronada su frente de mirtos; atraviesa por entre la muchedumbre; penetra hasta el santuario sin levantar sus ojos del suelo, y con aquel tímido fervor, que tanto agrada á las deidades, deposita en el altar un nido de tortolillas y una copa de perfumes. Despues de un largo y pia-

doso éxtasis, levanta el mancebo su vista, y al ver la Sacerdotisa cree ver á Venus misma, que sonrosada le contempla y agradece sus dones.

Y no admiro que trocára

A la vestal con la diosa,

Pues, sin ser menos hermosa,

A Venus aventajára

En lo sábia y candorosa.

Mas, con todo, no era igual

En perfeccion á Ciprina,

Pues esta, sin ser vestal,

Era una Venus divina,

Y aquella Venus mortal.

Pero ¿quién es mortal á las diez y ocho primaveras? Las súplicas que Leandro dirige á Citerea, mas bien parecen dirigidas á la Sacerdotisa. Sin separar de ella su vista, retirado de la multitud, y ocultando su turbacion detras de una de las columnas del templo, admira furtivamente, en medio del pomposo aparato de las ceremonias, aquel talle esbelto, aquel paso majestuoso, aquellas facciones encantadoras, la tierna sonrisa, el voluptuoso velo y los pliegues de aquella gasa flotante, cuya posesion parece que se disputan los Céfiros y los Amores. ¡Ah! si pudiese tocar su mano aquella mano divina! ; si obtuviese una sola

mirada de sus ojos! una palabra de sus labios!... y se atreviera á contestarla! ¡Pero es ella tan hermosa, y él tan tímido!

Para pintaros su embarazo, recuerde V., amiga mia, aquel primer instante tan temido y tan poco temible, en que, sin pronunciar una sola palabra, tantas y tantas cosas nos dijimos uno á otro! ¿No hace V. memoria de aquel gabinete, asilo de las artes y del estudio, de aquel desórden de imaginacion, de aquellos cuadros, dibujos, pinceles, y de aquel opaco resplandor que iluminaba vuestro rostro abatido y mi retrato comenzado? Aun estoy viendo aquella cinta amarilla salpicada de estrellas azules, que, ciñendo vuestro cabello, se deslizaba por la garganta á sujetar la túnica blanquecina que cubría vuestro seno, y cuyos misteriosos pliegues se dilataban por intervalos. Mis ojos, fijos en el suelo, aun no se habian determinado á contemplaros, y nada, sin embargo, dejaron de ver. Y vuestras miradas, que con tanta escrupulosidad huían mi presencia, notaron, á pesar de todo, mi palidez, mi turbacion, mi mortal incertidumbre: y

vuestra mano, que tan flojamente me mandaba salir, mas bien parecia que me invitaba á sentarme. Desviándome sin cesar y aproximándome á cada instante, no acertaba á separarme de vuestro lado. ¡Ah! mi cara amiga, ¡qué silencio tan penoso! pero ¡qué! ¡ni una sola palabra se asomó á mis labios, ni un suspiro á los vuestros?... Si al menos vuestras miradas.... pero acaso vuestras lágrimas no os dejaron ver las mias.

Al dia siguiente nos volvimos á ver, y me pareció que ya nos habíamos dicho de antemano cuanto habia que decirse. Me recibísteis con ingénuo semblante; mis labios saborearon el beso de confianza, y nuestros corazones, viéndose tan inmediatos, palpitaron al reconocer que ya el dia anterior se habian encontrado.

Semejantes sorpresas, si bien participan siempre de los encantos de la novedad, no son sin embargo nuevas, sobre todo en la corte de Ciprina. En el templo de la diosa aguardó Leandro con impaciencia á la caída de la tarde, hora en que el pueblo se retira, dejando solitaria á la Sacerdotisa al pie del altar.

Penetra el mancebo con pasos turbados en la oscuridad del santuario: Hero enmudece, pero no se irrita; vuelve su rostro, pero no se aleja; calla, pero sin imponer silencio: el mancebo tambien se calla; y al dia siguiente, á la misma hora y en el mismo parage, osa profanar el templo con su voz. En vano emplea la Sacerdotisa los ruegos, las amenazas, y aun con su ceño le presagia un pronto castigo; nada logrará interrumpirle.

De Amor las amenazas ya sabia
 Que son á las promesas semejantes:
 Como halagos aprecian los amantes
 Los castigos que impone á la osadia.
 Cada *no* es un *sí*; cada lamento
 Un nuevo juramento.
 Quien ha de darle gusto necesita
 Practicar sus mandatos al contrario,
 Pues á veces prohíbe temerario
 Lo mismo que con ánsia solicita.

— «En nombre de los dioses (repetia con voz débil la Sacerdotisa) volved, jóvenes extranjero, á las riberas que os vieron nacer; no alimenteis una esperanza á la que se oponen mil obstáculos. Mi virtud....

— «¿Acaso la virtud que ha de llevaros
 » Al goce de la dicha apetecida
 » Obstáculo será para no amaros?

- » ¿Y la virgen á Venus consagrada
 » Puede acaso faltar á sus deberes
 » Sin verse por la diosa castigada?
 — » Desechad el temor : jamas Citeres
 » De vos exigirá que consagrarseis
 » Ese bello atractivo á sus placeres.
 » Si un voto involuntario la prestáseis,
 » Ella supo faltar á un juramento,
 » ¿Qué deciros podrá si vos faltaseis?
 » Temed á vuestras gracias y talento
 » Unir otra virtud mas peregrina :
 » El cielo en sus castigos es sangriento.
 » A Venus igualais en lo divina,
 » Y para una mortal es demasiado;
 » No querais ser mas sábia que Ciprina.
 — » Mis padres este voto me han dictado,
 » Permitir no podrán que le quebrante.
 — » Y ¿quién tanto derecho les ha dado?
 » Si gozó vuestro padre , cual amante,
 » La ventura y la paz , ¿podrá privarnos
 » El gozar una dicha semejante?
 — » Sin duda : será fuerza conformarnos.
 » Renunciad á esa dicha imaginaria...
 » Sabed que es imposible hasta el mirarnos.
 » Habito en una torre solitaria
 » A la orilla del mar , mansion acerba ,
 » Donde paso una vida sedentaria,
 » Al dominio sujeta de una sierva ,
 » Cuya edad al amor es insensible
 » Y su vista sagaz todo lo observa.
 — » ¿ Mas de vuestra mansion es imposible
 » Los muros penetrar ? — Será costoso :
 » Los defiende la esclava incorruptible.
 — » Ah ! yo penetraré. — ¿ Y el mar undoso?
 » ¿ No pudiera impedir ?... — Nada recelo ;
 » Feliz arribará mi nave al foso.
 — » ¿ Y si llegan á ver el barquichuelo ?
 — » Ninguno me verá ; la Noche umbría

- »Protegerme sabrá con negro velo.
 —» ¿Y habreis de caminar sin luz ni guía?
 —» Amor me guiará. — Pero los vientos...
 —» Ellos respetarán la barca mia :
 —» ¿Y no podrán los fieros elementos,
 »Los escollos ni rayos contenerte?
 —» De Amor no se opondrán á los intentos,
 » O al menos moriré despues de verte. »

Mientras asi hablaban se encontraron sus manos, y postrados á los pies del altar se las estrechaban, cuando vino la esclava á prevenir á la Sacerdotisa que ya era hora de retirarse á su mansion. El amante se pone en salvo valido de la oscuridad, y encontrando en las gradas del templo á sus amigos, prontos á embarcarse para volver á la ciudad de Abydos, situada al otro lado del Helesponto, les sigue pensativo, y voga tristemente hácia su patria, en tanto que Hero se dirige suspirando á su mansion escarpada.

Ya los jóvenes navegantes llegan á las riberas de Abydos, saltan á la playa, se dispersan, y corren á contar á sus familias reunidas las maravillas y pompa de las fiestas de Sestos. Únicamente Leandro, sentado en la desierta roca, mide y devora con su vista el espacio que le

separa de su amada, y en vano busca en la ribera opuesta aquella torre que ya ocultaron las tinieblas.

Comienzan en tanto á dominar los vientos, y los astros de la noche se oscurecen. Hero, combatida por el temor y la esperanza, dirige á su severa compañera una tímida mirada, y con acento ingénuo la dice:

« Ya trae la tempestad Áquilon fiero,
 » Y no sé qué presagio
 » Me predice el naufragio
 » De un amante infeliz; ¡fatal agüero!
 » Se horroriza mi mente cavilosa
 » Pensando que su esposa
 » Le aguardará impaciente
 » Hasta el amanecer del Sol naciente;
 » Y tendido quizás al desdichado
 » En la playa verá con sentimiento,
 » O bien contra las peñas estrellado,
 » Que sirven á la torre de cimiento.
 » Mas Venus, del humano protectora,
 » Nos manda socorrer al desvalido:
 » Pongamos en la torre sin demora
 » Un tizon encendido,
 » Que, cual astro brillante,
 » Avise del peligro al navegante.
 » Sin duda, contemplándonos el Cielo
 » Con ojos de placer, mirará ufano
 » Accion tan singular; y nuestro celo
 » Amor compensará tarde ó temprano.
 — » ¡El Amor!.... Tal esperas, desgraciada!»
 Interrumpe la esclava enfurecida;
 Mas luego, la Vestal enamorada,
 Los suspiros ahogando

Y el recelo interior disimulando ,

Prosigue conmovida :

» Cuando mi corazon el bien dispensa

» No le mueve la vana recompensa :

» Mas puro sentimiento

» Le anima en tal momento ;

» Y vos que le sentís , amiga mia ,

» Pues teneis corazon y alma sensible ,

» ¿ Dejareis escapar á sangre fria

» El recuerdo apacible

» Que resulta de hacer un beneficio ,

» Obligando al Amor sin sacrificio ?

Cuando en el corazon de una mujer se ha extinguido ó aletargado el Amor, dicen que le reemplaza el Amor-propio; ó mejor dirán que se apodera del mando que hasta entonces habia ejercido á medias. Menos tierno, pero tan crédulo como su hermano, se le gobierna como á este por medio de caricias y adulaciones.

Hero hizo esta dichosa experiencia; y el amor propio de su sierva, queriendo sostener un elogio que no merecia, tiranizó su carácter y le desnaturalizó en términos de hacerle por un instante generoso. Levántase la esclava, coge una antorcha, la enciende, y con paso precipitado vuela por las escaleras de la torre, sujeta el fanal á las almenas, la llama impelida por el viento, crece por instan-

tes, y luego la esclava con aire satisfecho se sienta al lado de la Sacerdotisa, que con acento reconocido la dice: "Ah! ¡si supieras cuánto te aprecio, y qué nueva amabilidad te presta la beneficencia! Estoy cierta de que no existe al presente un solo amante que te pudiera ver sin amarte." — "¡Sin amarme! (contestaba la sierva entusiasmada): oh! dichoso prestigio de la imaginación! Amable y peligrosa encantadora!"

Tú prestas al Invierno los ardores
De bella Primavera y el contento;
Tú del Aura los claros resplandores
Proporcionas al día macilento;
Por tí, cuando los años y rigores
Absorban este fuego que ahora siento,
Sostendré la ilusión, y el alma mía
Pensando en el Amor aun amaría.

En tanto que la juventud espera y la vejez sueña esperanzas en este solitario asilo, se oye en medio del rumor de los vientos y oleadas un grito penetrante... — "¡Ay! exclama la vieja pavorosa; esta voz es de un joven!..." — "¡Será cierto!" pregunta Hero, que ya le había reconocido. — "¡Sí, es cierto! mirad por entre los hierros de esa reja y le vereis al resplandor de nuestra antorcha, Solo

» dista veinte pasos de la playa; ved como
 » evita los escollos, y pasa con rapidez
 » junto á la arena: ya aborda al pie de
 » nuestra torre, y escala los peñascos
 » que nos sirven de muralla. Juraria que
 » viene en busca de....” — “De socorro,
 » interrumpe temblando la Sacerdotisa; y
 » ya que salvaste su existencia, no dejes
 » en peligro su vida, ni imperfecto el be-
 » neficio.” — “No, no, querida hija (re-
 » pite la esclava dirigiéndose con preci-
 » pitacion hácia las rocas), y te juro por
 » Cupido devolverle sano y salvo á su es-
 » posa.” — “¡Ah! el Amor quiera escu-
 » charle.”

A estas palabras, tendiendo la esclava una mano compasiva al desgraciado, le introdujo en el asilo de la Sacerdotisa. Leandro, sofocado de fatiga y palpitando de placer, dirige sus brazos á su amiga petrificada y muda como él; en tanto que la vieja solícita le abruma con atenciones, preguntas impertinentes y reflexiones indiscretas. — “¡Pobre mancebo! ¡qué lástima hubiera sido!... ¿De dónde venis? ¿cuál es vuestro nombre, vuestra edad?... cuatro lustros sin duda. ¿Teneis padres? ¿son poderosos?

» ¿Amais?...» — «Sí, contesta Leandro, recobrando la voz. — «Y ¿sois amado?» Aquí baja sus ojos el mancebo. «¿Por qué no contestais?» le dice Hero. — «¡Ah! si ella no me amase!» — «Sería muy ingrata.» — «No, no lo será, prosiguió la esclava, porque sin duda será jóven y bella, ¿no es verdad?» Leandro no dió mas respuesta que mirar á su amiga. — «Y ¿será pronto esposa vuestra?» — «¡Ah! contestó el mancebo, si el nudo del Himeneo consiste en el juramento del corazon, ya he recibido el suyo....» — «Luego ya es vuestra esposa» interrumpió con viveza la Sacerdotisa. — «Sin duda que no» dijo la vieja. «¿Es muy antiguo ese juramento?» — «Ayer lo pronunciamos en el templo y ante el altar de Venus.» — «¿De Venus!... ved lo que decís, bello extran-jero; ¿no sabeis ante quien estais hablando? Estais á presencia de la misma Sacerdotisa: ¿recibió ella por ventura nuestros juramentos? (Hero enrojece). ¿Os entregó ella misma el corazon de vuestra esposa? (Hero inclina sus ojos). Sabed que sin ella no puede ser válido vuestro Himeneo (Hero se cubre con

» su gasa), y que su silencio y turbacion
 » os acusan sin duda de haber faltado á
 » la verdad.» — ‘No, no ha faltado’ in-
 » terrumpe temblando la Sacerdotisa.— ‘Y
 » ¿cómo habiendo yo estado ayer todo el
 » dia á los pies del altar no he sido tes-
 » tigo de sus juramentos?’ — ‘El univer-
 » so los ignora.’ — ‘¡Dioses vengadores!
 » ¡Un himeneo clandestino!’

—Y ¿qué importa no sepan los humanos
 Lo que vieron los dioses soberanos?
 Ayer, á mis acentos
 Conmovidos los altos Firmamentos,
 Descendieron los dioses inmortales
 En nube misteriosa y refulgente,
 Y á los dos de repente
 Nos cercaron con rayos celestiales.
 A los pies, uno y otro prosternados,
 De Juno, fiel esposa
 Que las penas, ardores y cuidados
 De una madre protege cariñosa;
 Delante de Cibeles respetable,
 A quien Fidelidad debió la vida;
 De Palas, por su ciencia conocida;
 De Vesta, cuya llama inalterable
 Purifica el amor y la ternura;
 Y de todos los dioses á presencia,
 Que protegen la cándida inocencia,
 Las virtudes, la paz y la ventura,
 Nuestro amor declaramos,
 Y perpétuo cariño nos juramos.
 Allí nos prometimos sin rodeo,
 En nombre del Amor y de Himeneo,
 Él con su corazon hacer mi dicha,

Yo de hacerle feliz... y lo repito.

— ¿Quién?... vos?... Una Vestal!... atroz delito!

— Si ¡tal es mi dicha!

Al yugo solitario, duro y fuerte

Del alto Sacerdocio conducida,

Noté que consumia lenta muerte

Los días mas preciosos de mi vida.

Es cierto que mi padre, mas humano,

Desatar estos lazos anhelaba,

Y á un esposo mandó diese la mano;

Mas ¡ah! era un mortal á quien no amaba.

Tú que le conociste, amiga mia,

Y que á veces tu pecho generoso

Los dolores calmó de mi agonía,

Dime sin recelar: con tal esposo,

Y despues de un forzado sacrificio

¿Hubiera mejorado de suplicio?

No; mas vale morir en el olvido,

Que sufrir el pesar que nos devora,

Lejana del objeto que se adora

Y en brazos del mortal aborrecido.

Ya que nos sujetó Naturaleza

A la ley de un señor, ¿no fuera justo

Que su dueño buscára la Belleza,

Eligiendo á su gusto?

¿Ha de verse forzada la Hermosura

A prestar de constancia el juramento

Al primero que llegue por ventura?

Tan grande sumisión y abatimiento

Al pecho compromete mas sencillo,

Empañando quizá de honor el brillo.

Si Venus al mandato soberano

De su noble familia no atendiera

¿Casada se vería con Vulcano?

Ciertamente que no: feliz viviera

En medio de su alegre mediana,

A la ley sometida de un esposo

Buscado por Amor, nada celoso,

Y que sus perfecciones amaría.
 Entonces la deidad inconsecuente
 ¿No fuera mas feliz y mas prudente?
 Ya ves mi situacion, aya querida;
 Si estimas mi virtud y mi sosiego,
 Accede á nuestra union, yo te lo ruego;
 Y si logro la dicha apetecida,
 Uniéndome al esposo idolatrado
 Que merece mi amor, mi pecho jura
 Recordar con placer que á tu cuidado
 Es deudor de la paz y la ventura.
 Mas en tanto no ignores
 Que mi dicha consiste en el secreto;
 En tu pecho discreto
 Permanezcan ocultos mis amores;
 Y nuestro corazon agradecido,
 Sabiendo que te debe la existencia,
 Rogará sin cesar al dios Cupido
 Compense tu virtud y tu prudencia.

Ignoro lo que contestaría la vieja
 confidente, pero me consta que de allí
 adelante todos los dias, y á la misma
 hora precisamente, encendió la antorcha;
 que con el tiempo se hizo un deber, y
 luego una costumbre.

El Invierno en tanto se aproximaba,
 ese Invierno tan grato para los amantes
 reunidos bajo un mismo techo, y tan
 cruel para aquellos cuyas mansiones se
 encuentran lejanas.

Hero, triste y pensativa, suspiraba
 una mañana, ocultando las lágrimas

á su esposo, á quien tenia abrazado.

— « ¡ Ah! ¿ tú lloras , fiel amiga ,

» Y suspiras siendo amada ?

» ¿ Qué dolor tu pecho abriga ?

» ¿ Por qué sollozas ? » — « Por nada. »

Quien conoce el corazon ,

La virtud , la discrecion

Y el poder de la Belleza ,

Ya sabe que la tristeza

Y el *nada* de las hermosas

Quieren decir muchas cosas.

Por esta causa insistió Leandro , y á fuerza de súplicas y caricias pudo conseguir esta respuesta interrumpida por los sollozos :

« Obligada por mi amor

A privarme de tu vista

¿ Cómo quieres que resista

Mi pecho tanto dolor ?

Mas Bóreas , con furor

Persiguiendo al navegante ,

No permite que mi amante

Atraviese el fiero mar ,

Hasta que vuelva á reinar

La Primavera fragante.

Caro amigo , parte luego ;

Y si es fuerza separarnos

Para mejor adorarnos ,

Márchate.... yo te lo ruego.

Si apeteces mi sosiego ,

No me niegue tu bondad ,

Esta prueba de amistad :

Aun es tiempo de bonanza.

¡ Ah! teme que tu tardanza

Varie mi voluntad. »

Leandro se resiste á obedecer: Hero culpa tanta resistencia; suplica, manda, exige que parta sin demora; y despues que obedece, suspira murmurando «¡ah, qué pronto ha obedecido!»

Por la noche, bien fuera por olvido de la esposa, ó por costumbre de la esclava confidente, brillaba la antorcha en las almenas de la torre. Desde las riberas de Abydos la distingue Leandro á través de los densos vapores, y creyendo ser la señal que levantaba su destierro, corre á la playa; pero el irritado mar opone á sus esfuerzos sus movibles murallas y sus profundos abismos. La tempestad comienza, las nubes se chocan, cubren la atmósfera, y la luz de la antorcha desaparece. En tal conflicto el amante, creyéndose de nuevo desterrado, solo y en medio de las tinieblas y luto de la naturaleza, trepa por las rocas, y arriba á la cabaña de un pescador: en ella, para dar alivio á su quebranto, traza al resplandor de triste lámpara sus dolorosos recuerdos. Al rayar el dia se previene el pescador para dirigirse á Sestos; pero Leandro, á quien jamas el dia, aun en tiempo de prosperidad, habia sorprendi-

do en aquellas riberas , ni aun se atrevió á concebir que le visitase en ellos la Aurora en tiempos de adversidad. Sin duda que es admirable tan grande extremo de delicadeza ; pero en mi entender es mas digno de alabanza que de imitacion ;

Pues Amor frecuentemente
De la esquivéz se resiente.
Por su nimia timidez
Ha sido mas de una vez
Con rigor amenazado ,
Con aspereza tratado ,
Reñido.... mas el bribon
Nunca deja el corazon.

El escrupuloso amante se quedó en la ribera , y despues de cubrir con sus besos el billete le cerró , y remitió por el pasajero.

La solitaria esposa , ya arrepentida , distingue desde la torre un barquichuelo y vuela á la playa , agradeciendo en su interior la desobediencia de su amigo. ¡Oh, cual piensa reñirle y compensar su temeridad! Pero al acercarse distingue únicamente un marinero , encargado de entregarla el billete que le presenta.

‘¡Ah! dice contemplando tristemente la barca , ¡pudiendo él venir escribe!’ y en seguida , abriendo el billete con pron-

itud , lee , enjugando sus lágrimas :

“ Estoy del Aquilon al albedrío :

Las olas espumosas ,

Que la escarcha conducen bulliciosas ,

Ya las siento rugir en torno mio ;

Mas tranquila mi alma

Contemplo su furor con fria calma.

En vano el Huracan enfurecido

Con su dura inclemencia

Pretende amenazar nuestra existencia.

A pesar de su tétrico sonido

Mi corazon te mira ,

Te habla , le comprendes , y suspira.

Jamas olvidará tu bien amado

La noche silenciosa

En que mi navecilla presurosa

La mar atravesaba sin cuidado :

Esa mar imponente ,

Entonces mas tranquila y trasparente.

Los tristes resplandores de Febea

La costa iluminaban ,

Sus rayos en las olas reflejaban ,

Y á su luz , contemplando la marea ,

Divisé conmovido

Tu velo , tu semblante , tu vestido.

De la playa tú misma no lejana ,

Inquieta , vacilante ,

La presencia anhelabas de tu amante ;

Mas apenas me viste , cuando ufana

Corristes á mi lado

Palpitando de amor y de cuidado.

Ya tus plantas las olas humedecen ,

Ya cubren tu cintura ,

Al socorro mi barca se apresura ,

Ya llego... los temores desaparecen ,

Estamos á la orilla

Y solo se ha mojado tu rodilla.

Despues en tu morada refugiados ,

Con tranquilo sosiego
Sentados uno y otro junto al fuego ,
De mi ropa y cabellos empapados
Tus manos extraian
El líquido salado que vertian.

Concluida la cena , ¡ qué caricias
Mi amor te prodigaba !
¡ Y qué besos tan dulces saboreaba !
Los dos en aquel lecho de delicias
¡ qué placeres tan suaves
Gozábamos sin fin !..... ah ! tú lo sabes.

¡ Solitaria mansion , amable asilo ,
Oscura lamparilla ,
Voluptuoso cojin , ardiente silla ,
Alcoba de placer , lecho tranquilo ,
Jamás el alma mia
Olvidaros podrá ni un solo dia !

Testigos del delirio y la ternura ,
Recordad á mi amante
El placer saporoso y delirante
Que gustára conmigo su alma pura
En el lecho de amores ,
Y calmad sus agudos sinsabores.

Hero durante la lectura habia mas de una vez cambiado de color , pues la indignacion palidecía su semblante , y los recuerdos se le volvian á encender. Presa de los confusos sentimientos que la agitan en aquel instante , cierra la carta , la abre en seguida , lee con ansiedad , y con alterado pulso traza luego esta respuesta :

“ Recibo de otra mano tu billete.
Yo creí que tus dias amagaba

VI.

k

El Huracan severo ;
 Salgo de mi retrete,
 A salvar tu existencia ya volaba ,
 Corro sin descansar.... y un extranjero
 Me saluda por tí.... ¡engaño fiero!
 ¿Eres tú quien me adora?
 ¿Quien respira por mí? ¿nada tu ausencia
 Te dice del dolor que me devora,
 De mis llantos, recuerdos é impaciencia?
 Cuando al punto no vienes
 Temerás perecer , y te contienes.
 ¡ Ah! para libertarte del abismo,
 El venir mi razon te prohibia ;
 Mas mi pecho sensible ,
 Superior á sí mismo ,
 Lo intenso del dolor no conocia.
 Tormento mas agudo ni terrible
 Encontrar no es posible ;
 De mi lado un momento no se quita ,
 Y siendo cada vez mas penetrante ,
 Poco á poco mis fuerzas debilita ,
 Hallándose tu amante ,
 De tédio y languidez agonizando ,
 Mil besos en tus huellas estampando.
 Al dejarme ¡ cruël ! abandonada ,
 Sin duda con la guerra y los honores
 Te distraes halagüeño ,
 Sin pensar en tu amada ,
 Yo , sin mas distraccion que mis labores ,
 No ceso de soñar , y mientras sueño
 Solo pienso en mi dueño.
 Mas ¿ por qué me recuerdas las delicias
 Que aun podemos gozar ? ¿ O tú prefieres
 La memoria de plácidas caricias
 A presentes placeres ?
 Deja que la vejez nos haga cuerdos ,
 Y entonces viviremos de recuerdos.
 ¿ Hay placer por ventura semejante

Al que goza el osado marinero
 Cuando llega á la orilla,
 Y abrazando á su amante,
 Libre del Huracan airado y fiero,
 Recibe, sin saltar de su barquilla,
 Un beso en la mejilla,
 Otro para calmar sus sinsabores,
 Dos mas por el valor, cien por la pena,
 Y mil por el placer y los amores?
 Si dicha tan amena

Deseas disfrutar ¿por qué motivo
 No atraviesas veloz el mar altivo?

Mas ah! si del honor hoy prescindiera,
 Y si al brillo luciente y peligroso
 Del pudor delicado
 Necesario no fuera

Cubrirle con el velo misterioso,
 ¡Cuántas veces hubiese ya volado
 En busca de mi amado!

Mas él que tanto jura idolatrarme,
 Y no pierde su honor por ser valiente,
 ¿Por qué tarda en venir á visitarme?....
 Pero no; no..... detente.

Cuando tienda la Noche el negro velo
 A buscarte yo iré.... nada recelo."

¡Que yo aguarde! repite Leandro,
 conmovido de despecho y desesperacion.
 Pero ya la Noche despliega su manto, y
 la constante llama brilla en las almenas
 de la torre. El impetuoso mancebo se
 lanza en medio de las olas, lucha esfor-
 zado con ellas, logra sobrepujarlas y se
 aleja de la playa.

Hero, fiel á su promesa, se dispo-

ne á partir, pero la tempestad se opone á su marcha; y su compañera, abrazada á sus rodillas, evita que se arroje á los abismos que se abren para tragarla. Los vientos en tanto se desencadenan, la antorcha se apaga, las olas se enfurecen, y la desesperacion de la infeliz esposa crece con la tempestad.

- « ¡ Oh dioses! (exclamó con voz sensible) :
 » Un esposo que nunca vanamente
 » El venir prometió ; será posible
 » Se canse de aguardar inútilmente ! »

Estos fueron sus únicos lamentos hasta que brilló la aurora. Viéndola entonces pálida é inmóvil su compañera, y tomando el abatimiento del dolor por la calma del reposo, creyó que también ella se podía entregar al sueño sin peligro; mas al despertar se encontró sin su señora. En vano la busca, la llama con acento débil, y acelerando sus pasos tardíos sube á las almenas de la torre. Desde ellas recorre con inquietas miradas el mar y sus riberas, percibe entre los cañaverales y al pie de un peñasco alguna ropa, reconoce el velo de la Sacerdotisa, allá se dirige presurosa, llega, y la

encuentra pálida y tibia sobre el cuerpo
lívido y helado de su amante.

Y viendo perecer en sus verdores
A dos fieles esposos ,
A quienes el Amor en sus ardores
Embriagaba con goces sabrosos ,
De llanto se sintieron inundados
Sus ojos por la edad ya desecados.

Al siguiente día todos los habitantes de Sestos , vestidos de luto , se reunieron en la playa. El dolor era el que reunía allí á los esposos que conocían el precio de la dicha de amar , y á los ancianos y mancebos , que suspiraban ó de no poder ya amar , ó de no haber amado todavía. Despues de cubrir con las flores y perfumes á estas dos víctimas del amor y fidelidad , las depositaron al pie de la torre bajo una misma losa ; y ese dios , que me inspira cuando escribo á mi amiga , les dictó estos versos que grabaron sobre marmol de Paros :

Amantes , respetad al gran Jovino ,
Y quiera reservaros el destino
De la pareja fiel que aquí reposa :
Sin dejarse de amar mientras vivieron ,
El uno por el otro perecieron ,
Y descansan los dos bajo esta losa.

C A R T A L X X V .**JORNADA MITOLÓGICA.**

No recuerda V., mi fiel amiga, aquellos agradables momentos que la ciencia nos proporciona, y en los que, trayendo á la memoria antiguas lecturas, prestamos á los menores personajes y á las acciones mas insignificantes de nuestros contemporáneos el nombre de los héroes mas famosos y los acontecimientos mas memorables de la antigüedad? Si vemos á una jovencita que lleva en sus manos una estufilla, la tenemos por una vestal que conduce el fuego sacro: si otra se nos presenta con tortas ó panecillos, es para nosotros una jóven Sacerdotisa que lleva la ofrenda á Ceres. Aquella belleza material que camina entre dos guerreros, es la bella Cleopatra, que seduce á César, vende á Antonio, y perecerá víctima de un aspid oculto entre las flores.

De este modo en los entretenimien-

tos en que el buen humor , haciendo indulgente al talento , nos proporciona risueños instantes , parodiando la Locura á la augusta Antigüedad , anima bien ó mal lo que solemos llamar nuestras jornadas históricas.

Esto supuesto , y con el fin de recordar una parte de los personajes y acontecimientos fabulosos , he proyectado hacer en compañía de V. esta mañana una jornada mitológica , compuesta de los acontecimientos mas simples. V. va á vestirse , bajaremos al jardin , comeremos , luego atravesaremos la ciudad para salir al campo ; de vuelta conversaremos un rato ; V. me dará las buenas noches , ¡ y yo me retiraré solo !

Nada mas comun que estos detalles ; pero presentados con el prestigio de la Fábula , se revestirán de cierta gracia é interes , y aun á veces de dignidad y grandeza.

El dia raya ; empecemos :

Ya la Noche tranquila , recogiendo
El velo de luceros matizado ,
Se retira con paso acelerado ;
El bello Lucifer la va siguiendo ,
Y la naciente Aurora ,
Conduciendo los juegos y alegría ,

Promete al Universo un bello dia.

Mas ¡ah! siendo tan jóven ¿por qué llora,
Anegando las flores con su llanto?

¿Quién causa su quebranto?

—Un motivo sin duda bien plausible :

Su corazon sensible

Contempla en ese lloro cristalino

El placer de una hija conmovida,

Que anuncia de su padre la venida...

Pero ¡qué ver podrás, si en blanco lino

Aun reposas, las plumas oprimiendo

De Cigno el infeliz!.. Mas ya brioso

Febonio se adelanta victorioso,

Y su rayo, tus párpados hiriendo,

Las sombras del Misterio desvanece,

Y Morfeo del lecho desaparece.

Ya tus ojos, al sueño abandonados,

Desechan la pereza,

Y al sentirse de Febo iluminados

Recobran su expresion y su viveza.

El Pudor al instante

Un vestido te ofrece bien sencillo,

Al que simplicidad dá nuevo brillo;

Y Comos, presentándose delante,

Entreteje con gracia tu cabello.

Mas escucha... con paso silencioso

A tu puerta se acerca un niño bello....

Sin duda es el Amor, que vergonzoso

No osa penetrar; mas yo le guio,

Y presto conducido de la mano,

Te presento al hermano

De la fiel Amistad, idolo mio.

Este dios, admirando tus primores

Y gracia seductora,

Quisiera que tambien las bellas flores

Adornáran tu seno; ven; ya es hora

De bajar al jardin; juntos iremos:

A Pomona y á Flora visitemos.

Esos verdes olivos
 Por la diosa Minerva se plantaron ;
 Del olivo de Atenas retoñaron ,
 Y se muestran por eso tan altivos.
 Esa cepa , que forma el emparrado ,
 Sileno me la dió , cuando brioso ,
 De mil y mil guerreros escoltado ,
 Volvia de las Indias victorioso.
 Los pueblos se rindieron prisioneros ,
 Escuchando sus cantos placenteros ,
 Y supó sujetarles á su yugo
 Haciéndoles gustar el dulce jugo.

Mas en esta mansion , ¡ qué dulce calma
 Enagena mi alma !

Alli junto al antiguo monumento
 A Ciparis contemplo sollozando ,
 Y á sus plantas el Céforo contento
 Con el bello Jacinto retozando.
 Aquí muestra Narciso su belleza ,
 A la sombra de Dafne floreciendo ;
 Y Clycia , sumergida en la tristeza ,
 Su rostro angelical al sol volviendo ,
 A los rayos opone de su amante
 Su hermosura brillante.

Anémona gentil aqui florece ,
 Y á su lado brotó la bella rosa ,
 Cuya tersa blancura se enrojece
 Con la sangre preciosa
 Que Venus por Adonis ha vertido.
 Mas ya los dos amantes se han unido :
 Adonis á la Anémona tiñendo ,
 Y Venus á la rosa enrojeciendo.

¿ Quién es aquella vieja sesentona
 Que trae un canastillo tan tapado ?
 ¡ Ah ! si fuere Vertumno , disfrazado
 Creyéndote Pomona ! . . .
 Ven , ven , Emilia mia ;
 Huyamos sin tardanza ,

No sea que nos tienda una asechanza ;
 Temo su falsedad é hipocresía.
 Mas , aguarda... por fin la he conócido ;
 Es nuestra jardinera ,
 Que nos viene á ofrecer en su mimbrera
 Los frutos que el Otoño ha producido.

Ya nos presenta ufana
 El racimo de Erigone preciosa ,
 De Páris la manzana ,
 Y de Ceres la torta saborosa ;
 Ya de Tisbe la mora ensangrentada
 Y la fruta de Oriente ,
 A las bellas Hespérides robada
 Por Hércules Tebano , juntamente
 Con las manzanas de oro , que supieron
 Contener de Atalanta la carrera ,
 Y á pesar de los años no se altera
 La virtud de atraer que antes tuvieron.

El Arte , sujetando aquí las flores ,
 Admirar no permite los primores
 De la bella Natura :
 El campo visitemos y verdura.
 Esta llave , sin duda fabricada
 Por el cojo Vulcano ,
 La puerta nos franquea consagrada
 Al pacífico Jano ;
 Y mientras proseguimos adelante ,
 La mansion dejaremos á su cargo ,
 Pues sabrá custodiarla vigilante :
 Quitaremos la llave sin embargo.

Mas , antes de pisar ningun sendero ,
 Rindamos al dios Término primero
 Gratas salutaciones ,
 Ya qué guarda gentil las posesiones.
 Oh qué mal recompensan sus servicios
 Las ofrendas y rudos sacrificios ,
 Que rodean á un dios tan inocente !
 Evitemos su incienso péstilente.

Mas ¿qué necio patán allí se mira,
 Armado de garrote muy nudoso,
 Que al herrero divierte con un oso?
 — Es Mercurio, que cánticos respira
 Al son de aquel martillo,
 Y Calixto, tratada cual ovilla,
 Da vueltas en extremo,
 Solo por complacer á Polifemo.

Otra vez héle aquí repantigado,
 Y de manos á boca trasformado
 En sapiente doctor de medicina;
 Oigámosle charlar: « ¡Ola, señores!
 » Mi ciencia, que los males adivina,
 » Calmará, si gustais, vuestros dolóres
 » Con un suave licor que á todos cura!
 » Acudid á comprarle:
 » Tan solo por gustarle
 » Se puede apetecer la calentura.»

Atento el auditorio á su lenguaje
 Escucha sus razones;
 El médico ya baja del carruaje,
 Y, como ha de partir á otras regiones,
 A la plebe visita en breve rato;
 Mas él negociará sin perder medio:
 Oigamos, que prosigue: « Mi remedio
 » ▲ mas de universal es muy barato,
 » Por el docto Esculapio fué compuesto,
 » Y cualquiera mortal jóven ó anciano,
 » Si se siente indispuesto,
 » Con gustar mi remedio soberano
 » Luego sana.... ó se muere;
 » Pero entonces el Cielo asi lo quiere.»
 ¡Ah! vámonos de aquí, no aventuremos
 Nuestra cara existencia;
 La florida campiña visitemos.
 Mas ¿quién aquella grande concurrencia
 Al fin del arrabal ha convocado,
 Inmediato al figon? — Es un coplero,

De mil y mil oyentes rodeado,
 Que, despues de lucir su acento fiero,
 En un sucio violin rechina un solo...
 ¿Si será por ventura el dios Apolo?
 El es, no hay que dudar; ¡atroz acaso!
 Un pueblo, con las musas no reñido,
 En cantor de figon ha convertido
 Al maestro sublime del Parnaso!
 ¡Ah! mira los alegres corderillos
 Por el prado paciendo,
 Escarbando la yerba los novillos,
 Y el toro á la vaquilla persiguiendo;
 Sin duda el robador de Europa bella,
 De Ió enamerado,
 La sigue sin cesar, ¡pobre doncella!
 Repara como brincan á su lado
 Y corren placenteros
 De Ulises los leales compañeros:
 A lo lejos un jóven pastorcillo,
 Armado de garrote,
 Les guia, sumergido en su capote,
 Por do quiere trotar su borriquillo.
 El pastor va mil jácaras cantando,
 Y al compas el asnillo caminando:
 ¿Reparas sus orejas desmedidas?
 És Apolo montado sobre Midas.
 En aquella laguna cristalina,
 Do se pintan los cielos y verdura,
 Solo ves agua pura;
 Mas yo veo la imágen peregrina
 De una jóven Nayade, que, medrosa,
 Te dice cariñosa:
 «Ven, y reposarás de tu fatiga
 »En el cespéd mullido
 »Que rodea el albergue de tu amiga.
 »Con el junco florido,
 »El fragante rosal y la salguera
 »Podrás embellecer tu cabellera;

» Y el cristal de mi seno trasparente ,
» Sirviéndote de espejo ,
» Mostrará en su reflejo
» El candor y belleza de tu frente .»

Ya la nube los Cielos nos oculta ,
Y en su lóbrega sombra
A Febo rutilante nos sepulta :
Huyamos sin ajar la verde alfombra .
El Euro y Aquilon con sus brámidos
Presagian la tormenta borrascosa ;
Los Céfiros se van despavoridos ,
Y la lluvia copiosa
A turbar se prepara con su riego
De las mansas lagunas el sosiego .

Ya las Hiades lloran conmovidas
La muerte de su hermano idolatrado ,
Por un monstruo feroz despedazado .
En vano las deidades reunidas ,
Por dar á su quebranto algun consuelo ,
Abrigo las conceden en el Cielo :
De la corte las vanas distracciones
No logran aliviar los corazones .

El Huracan se aumenta ,
Y en la selva frondosa guarecidos ,
Por la bella Driade protegidos ,
Nos podremos librar de la tormenta .
Visitemos si no la fresca gruta
Do preside la Oréade famosa .
Pero ya con su velo nos enluta
La Noche tenebrosa ;
Con horrible furor el Cielo brama ,
Despidiendo voraz y ardiente llama :
¿ Y quién , sin respetar viejos cimientos ,
Se atreve á conmovier los Firmamentos ?
Escuchad : entretanto que Vulcano
A su padre regala el rayo insano
Que en Lemnos fabricára ,
El dios Marte , quejoso de una afrenta ,

Al combate sangriento se prepara,
 Y á pedir el permiso se presenta,
 Jovino, que desea congraciarse
 El cariño del héroe guerrero,
 Le manda con acento lisonjero
 Al sólio adelantarse.
 A los dioses anuncia su llegada
 Del trueno el estampido,
 Y todos concurrendo á la llamada,
 El Olimpo se encuentra reunido.
 Habla Jove monstruosa algarabía
 Haciendo ostentacion de sus pulmones,
 Y los dioses aplauden á porfía,
 Cuanto menos entienden sus razones.
 Las Hiades prosiguen con su llanto,
 El mormullo se aumenta por instantes,
 Y los dioses con gritos retumbantes
 Los Cielos estremecen con espanto:
 ¡Ah! nunca el palaciego presumido
 Disfrutó del placer sin hacer ruido.
 Eco, sin detenerse ni un momento,
 Repite sus clamores;
 Eolo desenfrena sus furores,
 Y ya braman sus hijos de contento.
 Asi la tempestad, siempre funesta
 Persigue con furor á los mortales,
 En tanto que celebran una fiesta
 Los dioses inmortales:
 Que los pueblos, segun antiguas leyes,
 Pagan caras las fiestas de sus reyes.
 Mas ya brilla la luz resplandeciente;
 Eolo con sus hijos se retira,
 El Céfiro se queda solamente,
 Y la suave dulzura que respira
 Reanima las flores,
 Devolviendo á los campos sus verdores.
 Ya Iris en los Cielos se presenta,
 Y su banda pacífica mostrando,

La tempestad ahuyenta.
 Un bello semicírculo trazando,
 Atraviesa la esfera desmedida,
 En casa de Anfitrite se dirige,
 Y al banquete de Juno la convida.
 Anfitrite, fingiendo que se aflige
 Por ballarse indispueta,
 A su esposo Neptuno le suplica
 Que concurra á la fiesta.
 El buen dios obedece, no replica,
 Y en camino se pone presuroso:
 Pero Febo, cual médico famoso,
 Aliviar á la enferma ansioso anhela,
 Sus corceles aguija, corre y vuela.
 Ya toca el horizonte, ya se oculta,
 Y baña con su luz otro hemisferio.
 Mas ¿á qué descubrir lo que Misterio
 Entre sombras sepulta?

Vamos á visitar los dioses Lares,
 Antes que, de la Noche sorprendidos,
 Encontrar no podamos los hogares
 Por los dioses Penates protegidos.
 Ahora sin cuidados,
 Y en elástica odre sepultados
 Los Vientos implacables,
 Moverán con sus soplos inflamables
 La furia de Vulcano,
 Devorando con llama destructora
 La encina protectora
 Que cubrió los amores de Silvano.

Volvamos á salir; la hora suena
 En que muestra Talia con gracejo,
 Cual en nitido espejo,
 Los vicios del mortal sobre la escena.
 ¿A contemplar iremos por ventura
 Los cuadros espantosos
 De Racine y Melpómene furiosos?
 ¿O bien á esos Gimnasios de cultura,

Donde brillan las artes y el talento,
 Iremos un momento
 A prodigar aplausos á Sachini *,
 A Vestris, á Terpsicore ** y Santini?
 Pero no; escuchar la voz amable
 De la jóven y cándida pastora,
 Y el canto del zagal que la enamora,
 Sin duda te será mas agradable.
 Pues bien; para gozar alegre rato
 En la mansion de Erato
 A Favart y Sedaine *** encontraremos;
 Y de paso á Barré **** suplicaremos
 Que nos preste sus sales
 Y una dosis de chistes naturales.
 Mas ¿acaso las gracias, el talento
 Y el público contento
 Recompensan las plácidas delicias;
 Los suspiros, desahogos y caricias
 De dos fieles amigos?
 ; Ah! sin duda que no; en una choza
 Celestiales placeres siempre goza
 Amistad sin testigos.
 Solo para el amigo verdadero
 Vuela el tiempo ligero;
 Pero ya esa máquina brillante,
 Que para mensurar nuestra existencia
 El arte imaginó, marca el instante
 Que me aparta, cruel, de tu presencia.
 ; Y habrá de separarse de tu lado
 Mi alma condolida,

* Célebre Cantante en el teatro italiano de París.

** Famosos bailarín y bailarina en el teatro de la Grande Opera de id.

*** Célebres cantantes franceses en el teatro de la Opera Cómica.

**** Gracioso insigne en el teatro de París llamado Vaudeville, ó de piezas jocosas.

Sin que guste mi pecho enamorado

El beso celestial de despedida?

¡Adios! y que tu alma

Disfrute de la paz y dulce calma ,

Y el silencio tranquilo

Hasta el amanecer reine en tu asilo.

¡Adios! y que la turba de Morfeo

Al punto se apodere de tu mente ,

Y en ella represente

Al Amor , los Placeres y Recreo.

¡Adios! y que los rayos brilladores

De la Aurora temprana

Cuando animen las flores

Mas hermosa te encuentren y lozana.

¡Adios! ángel de paz y de ventura;

¡Adios! y no te olvides de tu amigo;

¡Divina criatura!

El Amor y Amistad sean contigo.

FIN.

ÍNDICE.

Á EMILIA.	pág. 5
EL OCEANO. LAS NEREIDAS.	5
NEPTUNO. LAOMEDONTE.	12
ANFITRITE. ARION.	25
VIAJE Á CITERES.	40
VENILIA, THOOSA, AMYMONÉ.	57
POLIFEMO, ACIS Y GALATEA.	65
DIVINIDADES DE LOS BOSQUES, PRA- DOS, etc.	81
TRITON, NEREO Y DORIS. INO Y ME- LICERTO. PROTEO.	89
GLAUCO Y SCILA.	95
CIRCE. LAS SIRENAS.	99
CEIX Y ALCIONE.	107
HERO Y LEANDRO.	125
JORNADA MITOLÓGICA,	150

ERRATAS

de toda la obra.

PRIMERA PARTE.

Pág. lln.

Dice.

58 20 Es cierto que el que te quiera
El mirto al laurel prefiera
En secreto, y no me asombra;
Mas ¿el mirto, sin la sombra
Del olivo, floreciera?

Debe decir.

Es cierto que el que te quiere
El mirto al laurel prefiere
En secreto, y no me asombra;
Mas ¿el mirto, sin la sombra
Del olivo, floreciere?

SEGUNDA PARTE.

Dice.

Pienso mas de lo que siento,

Debe decir.

Concibo menos que siento,

4 20

Dice.

Un mas amante que amable.

Debe decir.

Amigo fiel si no amable.

Dice.

Lease

97 15 el valor el velar
123 13 despues de oido despues de haber sido

TERCERA PARTE.

<i>Pág. lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
35	19 gazosas	gozosos
117	12 argullo vano	orgullo vano.

CUARTA PARTE.

	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
7	13 tomento	tormento.
55	8 correspondencia	correspondencia
85	12 da	de
108	9 Si con la resistencia Nos vemos irritados	
	<i>Debe decir.</i>	
	Si media resistencia	
	Furiosos é irritados	

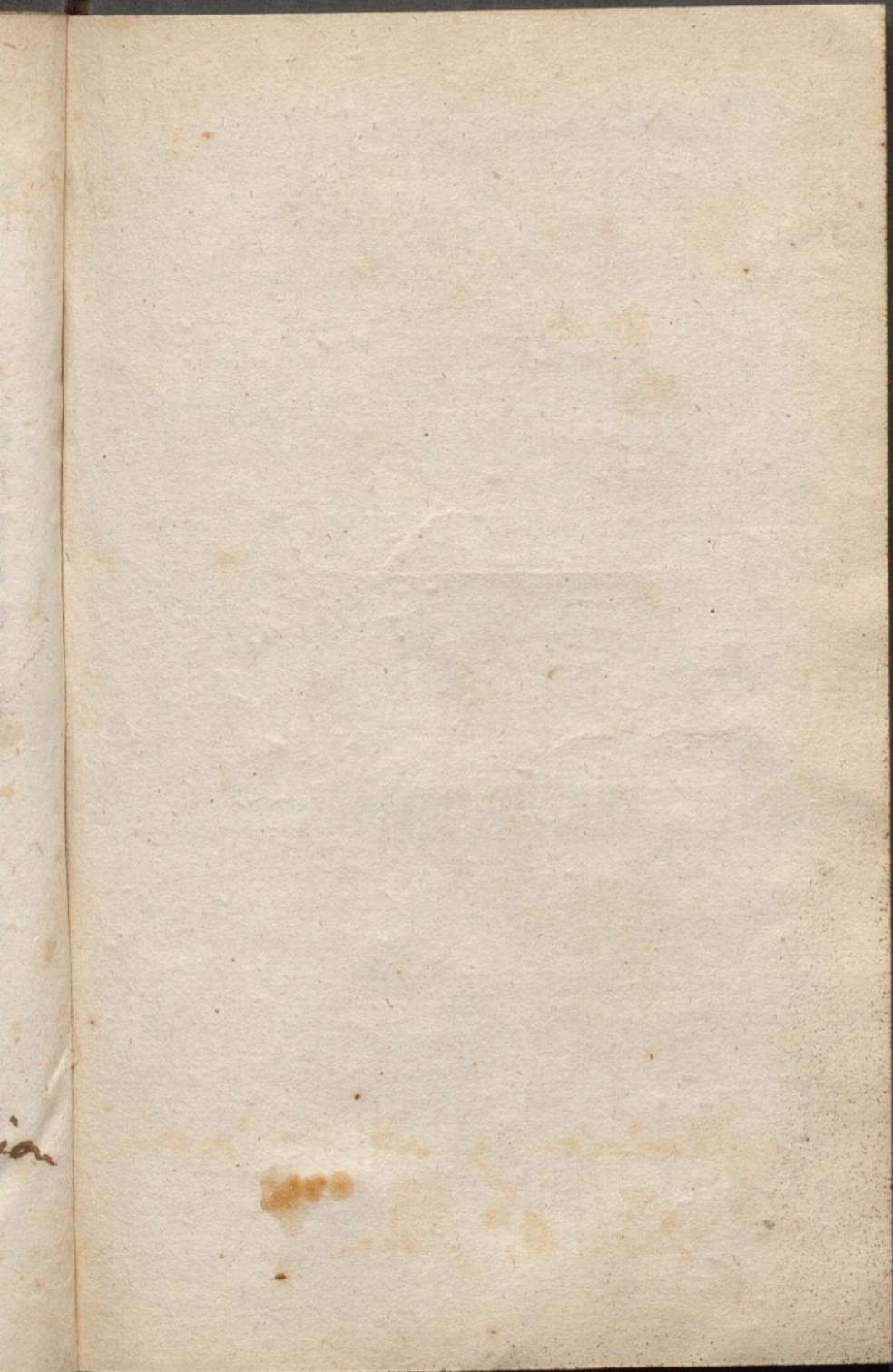
QUINTA PARTE.

	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
74	1 Salomeo	Salmoneo
98	4 Tristones	Tritones

SEXTA PARTE.

	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
19	28 Mercurio y Malicia	Mercurio y la Malicia
21	15 destrozado	destrozada
22	17 Ya veis.....	Ya ves.....
30	31 pasea	posea
45	3 Pluton	Platon
53	32 mi destino	ni destino
95	6 Sin tal ventura	Con tal ventura
136	24 nuestros	vuestros

Definicion y descripcion
folios 94-6.ª parte



ion

